

CÁRCEL ORTÍ, M^a. Milagros, *Las Visitas Pastorales de España (siglos XVI-XX): propuesta de inventario y bibliografía*, Oviedo, Asociación de Archiveros de la Iglesia de España, 2000, 189 pp.

El estudio de las Visitas Pastorales, tema casi olvidado durante mucho tiempo por los historiadores, pastoralistas, canonistas y teólogos, aunque no desconocido para los archiveros de la Iglesia, poco a poco ha ido tomando auge, pues se ha visto la importancia para un mejor conocimiento de la Iglesia, su desarrollo y funcionamiento. Las Visitas Pastorales son, sin duda, fuente importante de análisis y reflexión. Las Visitas son testigo de un quehacer eclesial, propio y distinto de otras actividades eclesiásticas, que ocupan un puesto insustituible.

La doctora M^a. Milagros Cárcel, autora de importantes trabajos archivísticos referentes a Visitas Pastorales en España, y concretamente en Valencia, nos ofrece un libro, fruto de muchas horas de investigación en archivos y bibliotecas, cuya finalidad es darnos datos precisos y bien ordenados y acertadas reflexiones sobre parte del material que existe sobre la materia. Nos habla, en primer lugar, de los cuestionarios utilizados en las Visitas Pastorales en Francia, Alemania e Italia, aplicados a diversas épocas, seguido de un estudio de las Visitas Pastorales en los archivos eclesiásticos españoles. A continuación, y esta es, a mi juicio, una de las partes en donde la autora hace valer sus interesantes y cuidadas reflexiones, se elabora una propuesta metodológica de aproximación a un inventario de Visitas Pastorales. El grueso del libro lo constituye la bibliografía sobre Visitas Pastorales (siglos XVI-XX) publicada en Europa, según países y regiones, destacando la mayor abundancia de publicaciones en Francia e Italia, sin olvidar la especial dedicación a España, sobre el resto, y unas breves referencias a los Estados Unidos, la América Hispana y Filipinas.

Desearía detenerme un poco, al tratarse de una reseña que se hace en la *Revista de Indias*, a las aportaciones bibliográficas relativas a países hispanoamericanos. Es escasa y para nada se habla de Brasil. Son de agradecer, no obstante, las aportaciones de la autora, que, sin duda, se ha centrado sobre todo en Europa y en España, sin duda su principal propósito. De cara a futuros trabajos posiblemente encontraría referencias bibliográficas en las amplias bibliografías que aparecen en muchas de las obras que se han publicado acerca de la Historia de la Iglesia en América. Y, en cuanto a las fuentes documentales, en la indagación directa en los archivos eclesiásticos de las diócesis americanas, muchos de ellos todavía en parte inéditos, aunque los hay que periódicamente están publicando catálogos documentales de sus fondos en los que aparecen las Visitas Pastorales.

Es de destacar el impecable trabajo de la doctora Cárcel, que nos ha abierto a los investigadores un camino seguro, bien ordenado y estructurado, de documentación y bi-

biografía, por el que hay que congratularse, y que esperamos que sea seguido por la autora y por otros archiveros y documentalistas en esa tarea, con frecuencia tan ingrata y costosa, de trabajo en archivos y bibliotecas. Aportación que estimamos necesaria para una mejor y más profunda comprensión de la naturaleza e historia de la Iglesia.

Jesús María GARCÍA AÑOVEROS
Instituto de Historia, CSIC

DÍAZ-TRECHUELO, Lourdes, *Bolívar, Miranda, O'Higgins, San Martín. Cuatro vidas cruzadas*, Madrid, Ediciones Encuentro, 1999, 246 pp.

Numerosa es la bibliografía que trata de la independencia de América que desde muy distintos puntos de vista, desde el biográfico de los personajes la impulsaron, pasando por los presupuestos ideológicos de los mismos, las ayudas internacionales, de la masonería, enfoques globales en obras de síntesis o parciales de los diferentes países. El libro que aquí se reseña contiene rasgos de todos ellos, pero tiene un hilo conductor que lo diferencia de los demás: la indagación de la aportación personal y conjunta al proceso de la independencia de América realizada por Bolívar, Miranda, O'Higgins y San Martín. Desde el planteamiento inicial que hace la autora en la introducción de su libro, en el que conecta tiempo histórico, biografía y cultura común, el lector penetra en la vida de cuatro personajes cruciales para la independencia de América, sin embargo no estamos ante cuatro biografías, porque excede en mucho a tal género.

Con un lenguaje directo y sencillo, a la vez que riguroso, tanto en la utilización de las fuentes como en la exposición, como es habitual en la larga serie de obras de Lourdes Díaz-Trechuelo, nos introduce de una forma lineal a primera vista pero plenamente integrada, casi a modo de crónica, en la serie de acontecimientos que desembocaron en la independencia de Venezuela, Chile, Perú, Argentina, etc. que plantea de forma casi cinematográfica, con un principio y fin que son a la vez envolventes de todo su contenido: hombre y tiempo. Ello a través de seis capítulos expresivos de su contenido: I. Los protagonistas; II. Comienza la lucha; III. Guerra en todo el continente; IV. Donde Bolívar y San Martín se encuentran; V. Hacia el final; VI. Hombres de su tiempo.

Ya en la introducción nos da muestras la autora de sus líneas de investigación sobre la Universidad en América, sin aludir a ninguna de sus obras, cuando inserta el momento histórico de los personajes en el movimiento cultural común de Europa y América difundido en gran medida a través de la Universidad. Pero la perspectiva de una cultura común no se pierde en estas palabras iniciales, sino que aflora en distintos momentos cuando en el capítulo primero hace la presentación de *los protagonistas* que en sus viajes a Europa buscan y asumen dicha cultura, de forma individual. En este capítulo los datos biográficos de los cuatro personajes se hacen cruciales para el entendimiento de la independencia de América, con la figura de Miranda como eje de la misma, pero, además, sirve para conectar a los personajes, tanto en sus respectivas ideologías como en la relación personal existente entre ellos. Esta presentación, inicialmente centrada en Miranda, permite al lector la comprensión de los siguientes capítulos, siempre elaborados a partir de la rela-

ción entre dos de los personajes: en el segundo la de Miranda y Bolívar, quedando preparado el siguiente capítulo por la introducción de O'Higgins, que conecta con San Martín y vuelve a utilizar la misma técnica de iniciar los hechos de Bolívar en la reconquista de Venezuela, para conectar en el cuarto capítulo a éste con San Martín, que cierra el capítulo quinto tras los precipitados hechos de los últimos años de Bolívar y O'Higgins.

«Comienza la lucha», lucha de ideas y lucha en los principios de la independencia. En el primero de los casos las diferencias que se plantean entre los partidarios del mantenimiento de la fidelidad a Fernando VII y las diferencias personales entre los protagonistas (Miranda y Bolívar; O'Higgins y Carreras) y el escaso arraigo de Miranda en su tierra, lo que supone el primer gran fracaso personal de Miranda, el precursor, que después se reiteran; en el segundo, la constitución de la Junta de Caracas, la secuencia de los movimientos que llevan al intento fallido de búsqueda de apoyos internacionales, la independencia de Venezuela (5 de julio de 1811) y los complejos acontecimientos posteriores que conectan estos hechos con Chile, etc. La traición de Bolívar y la muerte de Miranda marca un hito en la evolución de los hechos: Bolívar desplaza a Miranda.

«Guerra en todo el continente» parte de Buenos Aires como punto de resistencia al ataque inglés y como foco de resistencia a partir de la formación de la Junta el 25 de mayo de 1810, que condujo a la independencia. En este capítulo será San Martín el que protagonice los acontecimientos. Su relación con O'Higgins, será definitiva, también se resalta la amistad con Luis López Méndez y Andrés Bello. La lucha se extiende. Por la actividad de Bolívar y San Martín los focos de insurrección se multiplican. El intento de Bolívar de la Gran Colombia (Venezuela, Nueva Granada y reino de Quito) queda frustrado, pero el avance continúa hacia Santa Fe de Bogotá (10 de agosto de 1819), la proclamación de la República de Colombia (17 de diciembre de 1819) y la independencia de Chile (12 de febrero de 1818) y sus problemas internos.

De nuevo un cruce en las vidas de dos de nuestros personajes sirve de base para el quinto capítulo, «Donde Bolívar y San Martín se encuentran», en torno a la independencia de Perú (15 de julio de 1821), sin olvidar la sincronía de los acontecimientos en el sur de Colombia y Reino de Quito.

Los capítulos centrales lo son también por la intensidad de los acontecimientos. Resalto la conexión entre los personajes y el proceso de independencia, que se sitúan en América, pero no olvidan los hechos sincrónicos de la Península. Si algo queda evidente en tal cúmulo de hechos es la unidad de acción que caracteriza al proceso. Hay un motor común (la idea de libertad) una unidad de actuación (que se evidencia en el entrecruce continuo de personajes en territorios hoy de diferentes países, incluso la jefatura que de forma consecutiva ejercen alguno de ellos en diferentes espacios, Bolívar como más significativo, pero no exclusivo) y un único fin (conseguir la independencia) que logra superar las evidentes rivalidades y la decepción final de cada uno de los personajes analizados.

La unidad es el hilo conductor que desemboca en el penúltimo capítulo, «Hacia el final», en el que el movimiento que de hecho se presentó unitario, quiere llevarse a una unidad de Derecho, mediante una gran confederación americana, tal como se presenta en la mente de Bolívar (ya ideada por Miranda, que concibió a América como una nación), pero no son años propicios ni al libertador en Perú, ni la idea en el resto del continente, como no lo había sido antes la iniciativa de Miranda.

Finalmente, «Hombres de su tiempo», nos vuelven al punto inicial, englobando, a modo de resumen, la trayectoria de un siglo (1750, nacimiento de Miranda y 1850, muer-

te de San Martín). De nuevo el hombre en su tiempo es la línea que marca la ruptura y la cohesión de los hechos. La ruptura de un mundo que ha cambiado y que exige unos nuevos modelos, que ahora se esbozan en el pensamiento filosófico, político y religioso de cada uno de los personajes.

A veces, pocas veces, nos encontramos con un libro de historia que a la vez presenta elementos cinematográficos, con pinceladas impresionistas que nos permite ver el entorno de los personajes, con un lenguaje colorista, descriptivo, que nos traslada a las casas, las calles, el polvo de los caminos y el ánimo de los personajes. Realmente cuando se empieza a leer nos impulsa su lectura a terminarlo, metiéndonos con avidez en el desarrollo de los complejos acontecimientos que supusieron los pasos decisivos hacia la independencia de América.

Y aún hay algo, debajo de la forma, que merece su lectura reflexiva: continentes entrelazados (Europa y América), vidas cruzadas (Bolívar, Miranda, O'Higgins y San Martín), utopías inacabadas con proyección de futuro. De nuevo la autora nos transmite una lección de grandeza en la sencillez de un encuentro.

Remedios MORÁN MARTÍN
UNED

ESTRADE, Paul, *José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica*, Aranjuez (Madrid), Ediciones Doce Calles, Colección Antilia, 2000, 794 pp.

José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica es un libro clásico, conocido por los especialistas en la obra y la vida de José Martí y por los estudiosos de la historia de Cuba en general. Como dice Roberto Fernández Retamar en el «prefacio» de esta edición, el libro es también un texto fundamental —en el sentido más etimológico posible de la palabra— y un texto englobador. Es un exhaustivo análisis del pensamiento martiano visto desde lo que en opinión de el autor —Paul Estrade— es su característica más importante y, no por casualidad, más universalista: la democracia.

Es también una obra con su propia historia, una obra paradójica en ese sentido, pues su indiscutible carácter de texto clásico para el especialista no se ha visto hasta ahora correspondido con una difusión acorde con su importancia por varias razones. Paul Estrade terminó el trabajo en 1984, fue su tesis doctoral, y lo publicó en edición facsímil y en francés en 1987. No eran esos años, sin embargo, propicios para el debate que en él se proponía, ni el idioma en que fue redactado el más adecuado para sus potenciales lectores. Desgraciadamente, este segundo problema no pudo paliarse enseguida, pues su traducción al castellano en Cuba se postergó indefinidamente debido a las dificultades materiales para editar en la isla a partir de finales de los años ochenta. La reedición en español de José Martí. Los fundamentos de la democracia en Latinoamérica facilita su acceso a los que ya conocíamos el libro y permite una mayor difusión entre el público menos especializado.

José Martí fue un hombre polifacético, lo fue como hombre de acción y de palabra al mismo tiempo, pero también por su curiosidad intelectual que le llevó a formarse y a realizar aportaciones a diferentes disciplinas científicas y artísticas; cultivó el análisis

político, el periodismo, el ensayo literario, la poesía. Pero, además, Martí fue y es, por lo que hizo y por lo que escribió, una figura simbólica y de proyección universal, razón por la que su pensamiento, su literatura, su quehacer público han generado un sinnúmero de estudios desde distintas disciplinas y desde diferentes ópticas. En ese acervo de estudios, en que están presentes luminosos análisis y muestras de profunda erudición, la obra de Paul Estrade, y en especial este libro, son un referente indispensable.

Sin perder la visión global del pensamiento martiano, el autor lo analiza de manera minuciosa, presentando sus principales contenidos en tres partes diferenciadas: Sus ideas económicas; Sus ideas y sus prácticas sociales; Sus ideas y su acción políticas. Según Estrade, la democracia, una democracia entendida de un modo peculiar, «de mayoría popular» —como dice Ramón de Armas— pero en su opinión la única realmente eficaz y universal, es la guía que unifica y da coherencia al quehacer martiano, a su obra y a su vida. De lo general a lo particular, en su opinión, esa democracia distinguía a los países latinos de América de los Estados Unidos; debía ser el eje vertebrador para la unidad de los pueblos de la región —del Caribe español en particular y de América Latina en general— y, concretamente, el espacio para la construcción de una nacionalidad cubana independiente; independiente de la que entonces era su metrópoli y del peligro de quedar determinada tras su emancipación por los Estados Unidos, peligro que de un modo u otro se cernía sobre todas las repúblicas que antaño formaron el imperio hispano.

Con coherencia el autor ha ido desgranando a lo largo de los años un pensamiento que germinalmente se encontraba ya en su tesis doctoral; con paciencia y para fortuna de todos, en esos años ha ido profundizando en los aspectos que entonces no quedaron suficientemente tratados, buscando nuevas fuentes para dar respuesta a problemas que ya se esbozaban entonces. El propio autor señala en la introducción del libro que precisamente han sido esas razones las que le han motivado a reproducir sin apenas modificación alguna la versión original del libro en francés en esta nueva edición. Sólo resta agradecer a la editorial Doce Calles el esfuerzo realizado para la publicación de este extenso libro, como siempre con la excelente calidad a la que nos tiene acostumbrados, rescatando el manuscrito original, revisando y mejorando la primera traducción del mismo y, finalmente, asumiendo el reto comercial que supone la edición de una obra como esta.

Consuelo NARANJO OROVIO
Instituto de Historia, Departamento de Hª de América (CSIC)

GARCÍA JORDÁN, Pilar, (Ed.) *Fronteras, colonización y mano de obra indígena en la Amazonía Andina (Siglos XIX-XX)*, Lima, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 1998, 539 pp.

La historiografía de la Amazonía se caracteriza por su extrema dispersión e irregularidad. Mientras los hechos del descubrimiento, el sometimiento de la «barbarie indígena» o la evangelización han sido estudiadas con profusión e intensidad, cuestiones como la naturaleza de los procesos de colonización y su relación con la construcción de las distintas naciones-estado de la región prácticamente han sido ignoradas. Si además centramos

nuestra atención en regiones como la Amazonía andina, el fértil mundo de transición entre la selva y la cordillera, la penuria de nuestros conocimientos es aún mayor. La compilación editada por Pilar García Jordán, que cuenta con una larga trayectoria de investigación en estas materias, viene a cubrir oportunamente este vacío, al tiempo que relanza el debate de cuestiones básicas y esclarece nuestro conocimiento de un período crucial.

En el primero de los trabajos, «¿De bárbaros a ciudadanos? Tutela, control de mano de obra y secularización en las misiones de Guarayos (Amazonía norboliviana), 1871-1948», P. García Jordán aborda la implantación de la nación-estado en la Amazonía norboliviana a través de la historia de las misiones franciscanas entre los guarayos. La autora nos muestra que el papel asignado por el estado a dichas misiones se transforma a lo largo del tiempo, fundamentalmente en lo relativo a la relación de la misión con el exterior, siempre mediatizada por su máxima autoridad, el padre conversor. Su poder, que inicialmente se extendía a todos los órdenes de la vida social, económica y política de los neófitos, se transforma en sucesivos reglamentos misionales hasta convertirse en una labor meramente sacerdotal. Esta transformación sirve a la autora para analizar las presiones a las que se vieron sometidas las misiones por parte del estado y la sociedad civil, sobretudo a partir del último tercio del siglo XIX, cuando el auge cauchero incrementó la demanda de mano de obra indígena.

A lo largo del siglo XIX, el régimen misional constituyó para el Estado el único medio eficaz de alcanzar un cierto desarrollo económico y ejercer control territorial en el espacio fronterizo. Sin embargo, García Jordán nos señala la contradicción implícita de la política misional del estado boliviano. La tutela de los padres conversores sobre los neófitos implicaba su control del flujo de mano de obra hacia el exterior. Si por un lado las misiones servían eficazmente a su objetivo de domesticación y «creación» de mano de obra, a la vez suponían un freno a su expansión. La presión de los propietarios aumentó con el crecimiento de la actividad económica en la región. A su vez, el desarrollo boliviano suscitó un incremento del control administrativo sobre las misiones y una reducción de su autonomía. Con el cambio de siglo, la legislación empieza a reflejar las presiones de la sociedad civil, y ya en 1905 un decreto plantea por primera vez la libre contratación de mano de obra indígena. El apoyo ideológico del estado a las misiones se desvaneció finalmente en los años veinte, cuando a las críticas de los propietarios se unieron las denuncias sobre las misiones, a las que se califica de «estado dentro del estado». Este proceso culmina con los decretos secularizadores de 1938 y 1939, por los que se sustituyó a los misioneros como mediadores con los indígenas, regidos desde entonces por una delegación nacional. Solo en 1947 y 1948, tras reconocer la administración civil su fracaso en evitar la explotación de la mano de obra indígena, se suprime la intendencia delegacional de Guarayos, se otorga la ciudadanía a sus habitantes y se incorporan sus territorios a la organización administrativa de Santa Cruz.

La tensión entre independencia y dependencia de la administración del estado también figura prominentemente en el ensayo «Sociedad y Economía en el Espacio Cauchero Ecuatoriano de la Cuenca del Río Napo, 1870-1930». En él F. Barclay repasa, a raíz del fenómeno cauchero, el marco de relaciones comerciales y laborales que se desarrollan en el oriente ecuatoriano durante el último tercio del siglo XIX y el primero del XX, así como las políticas que llevan a cabo los diferentes estados, en este caso Perú y Ecuador, para hacer efectiva su presencia e incorporar este espacio a su territorio nacional. Nos encontramos aquí con un espacio fronterizo, fluído y ambiguo, en el que ni Perú ni Ecu-

dor pueden ejercer una jurisdicción efectiva hasta por lo menos 1875. El empuje de nuevos frentes extractivos da lugar a una sociedad de comerciantes caucheros en el oriente ecuatoriano vinculada con las casas comerciales del puerto peruano de Iquitos gracias a la navegación comercial a vapor por el río Napo, que a partir de 1880 da una salida al caucho ecuatoriano. Se establece así un circuito comercial entre Iquitos y el alto Napo que comienza a dar sentido a la idea de frontera, la cual origina varios litigios entre Perú y Ecuador, entre ellos la protesta de Perú en 1891 al tratado del año anterior que promueve a su vez el juicio arbitral del rey de España, objeto del interesante e innovador capítulo «Estrategias de Ocupación de la Amazonía: la posición Española en el Conflicto Perú-Ecuador (1887-1910)», de A. Martínez Rianza, que muestra las ambigüedades y limitaciones del poder arbitral español. En esta etapa, el éxito del régimen misional radica en su capacidad de proveer de eficiente mano de obra «civilizada» o «quechuzada». A falta de la mediación misional, un sistema de concertaje, establecido sobre la base de deudas contraídas generalmente por repartos forzosos, servía de mecanismo de reclutamiento y retención de mano de obra, la cual se traspasaba entre patronos mediante liquidaciones en las que se compraban las deudas del peón.

El espacio económico articulado en el Alto Napo no seguía ni en la comercialización ni en la explotación del caucho las fronteras nacionales; los patronos ecuatorianos desarrollaban su actividad extractiva en ambos lados de la frontera desplazando con ellos mano de obra ecuatoriana. Las autoridades ecuatorianas fracasaron en sus intentos por obtener ingresos fiscales de la exportación del caucho y por limitar la movilidad de la mano de obra, que constituía el principal activo de su territorio. El estado se encontró con la dificultad añadida de combinar estos objetivos con la necesidad de controlar las fronteras y, sobre todo, de mantener la lealtad política de los caucheros, cuyos fundos constituían «las únicas marcas de ocupación ecuatoriana» (p. 149). Con la crisis cauchera a partir de 1907 el problema se agudizó y los desplazamientos se intensificaron. La autora argumenta que con la disminución de la rentabilidad y el desarrollo de otros frentes extractivos en la región amazónica, los patronos centraron su actividad en la venta al exterior de la mano de obra cualificada. Así pues, parece que si bien la presencia estatal ecuatoriana consiguió delimitar un espacio fronterizo en su pugna con Perú, su intento por controlar la actividad extractiva entre ambos lados provocó su cese, sin siquiera lograr ofrecer protección legal efectiva a los nativos.

El problema que la presencia indígena planteaba a las aspiraciones del estado centralizador, especialmente en su doble faceta de recurso económico y enemigo potencial, es recurrente a lo largo del libro. En «Alucinaciones Justificadoras: las Misiones de Madre de Dios y la Consolidación del Estado-nación peruano» L. Wahl analiza los problemas que el modelo misional presentaba en el contexto amazónico. El naciente estado peruano durante el siglo XIX incluía territorios que se resistían a ser «incorporados». Uno de ellos fue el ocupado por los harakmbut en el alto Madre de Dios, sometidos a un régimen de misiones dominicas hacia mediados de siglo. La autora nos muestra las claves del fracaso de este intento de incorporación. El punto de partida del proceso evangelizador suponía la deslegitimación del mundo cultural indígena frente a la civilización cristiana y la persecución de las prácticas y creencias indígenas, que eran sustituidas por una educación en la que los misioneros ejercían un control absoluto sobre todo nuevo conocimiento técnico y político significativo. Wahl argumenta que las limitaciones culturales de los misioneros despojaban a los indígenas de su capacidad para actuar dentro de un nuevo orden cultural.

Sin embargo, más allá del factor ideológico, existían razones de orden político y económico que determinaban la mejor disposición de la cultura nativa, con su estructura descentralizada y su economía no depredadora, diversificada y conocedora de la diversidad del medio, para la explotación del espacio amazónico. No fue solo la estrategia de dominación lo que provocó el rechazo *harakmbut*, sino también las condiciones económicas ofrecidas, basadas en la explotación de monocultivos y en la búsqueda de la maximización del beneficio. En otras palabras, el proyecto nacional de ocupación resultaba económicamente insostenible más allá del contexto de una práctica extractiva. De la misma forma que el individualismo y el sentido de salvación personal de la ideología de la misión estaban íntimamente ligados al modelo político y económico del estado, el desarrollo de sus propias relaciones de producción con base en el parentesco, resultaban vitales para los indígenas si querían sobrevivir. Concluye la autora que la relación entre las misiones de Madre de Dios y el intento de fortalecimiento del estado-nación peruano puso en evidencia que en la lucha por incorporar y resistir el proyecto civilizador y cristianizador no se ponían en juego meras ideologías, sino relaciones de producción concretas.

En el último estudio del libro, «Cusco y su proyección en el Oriente Amazónico, 1800-1929», N. Sala i Vila nos revela la fuerza del piedemonte amazónico en el imaginario cusqueño decimonónico. Fuente de riquezas perdidas durante la colonia, y en decadencia y aislado después, en él se cifran las esperanzas de un resurgir glorioso para el Cusco. La autora nos muestra, a través de testimonios publicados en libros, folletos y revistas, los variados proyectos de los intelectuales y propietarios cusqueños dirigidos a hacer efectiva su presencia en el oriente, conectando Cusco con el Pacífico y el Amazonas, y posibilitando el progreso y el resurgir económico de la región. Como se muestra a lo largo del trabajo, «el interés de los grupos dirigentes cuzqueños fue promover el resurgir regional, que para ellos pasaba por la región oriental que debía ser descubierta, ocupada, poblada, civilizada y explotada en aras del progreso» (p.476). Este regeneracionismo cusqueño fue paralelo a la exigencia de una mayor presencia del estado en la integración amazónica, la defensa de mercados, migración y fronteras y la búsqueda de las mejores vías de comunicación y relación con la selva. En diferentes fases, se potenciaron las exploraciones, la construcción de vías de comunicación y las inversiones en la extracción cauchera. Todo ello bajo el signo de la defensa de la nacionalidad de la región amazónica y la defensa ante competidores extranjeros, mediante proyectos que provocaron intensos debates y en la práctica chocaron con la falta de fondos, guerras endémicas con los nativos, la carencia de mano de obra, y las tensiones entre Cusco y el poder estatal. En la etapa posterior a la guerra del Pacífico, se produjo un cambio sustancial en la economía regional cusqueña, con la llegada del la fiebre del caucho. Los problemas de colonización y extensión de la frontera agrícola se comenzaron a resolver sólo cuando el ciclo extractivo del caucho hizo atractivo canalizar el comercio de productos agrarios hacia Madre de Dios, dando con ello participación a los propietarios cusqueños en múltiples negocios.

Por su concepción, este libro nos sitúa en más de un sentido en un espacio marginal: en los márgenes físicos de la nación-estado, en las fronteras del poder y en los abismos de la imaginación de «los otros». La Amazonía andina, un espacio social, cultural, y económicamente ajeno, que se resiste al empuje implacable de la economía capitalista y las formas modernas de estado, encuentra en él un escenario de expresión adecuado y lleno de sugerencias. Con todo, tras su lectura permanecen multitud de pre-

guntas sin respuesta, muchas de ellas nacidas del desgarrar de un presente que apenas da tregua para la reflexión.

Manuel LUCENA GIRALDO
Instituto de Historia, CSIC

GARCÍA PÉREZ, Rafael D., *El Consejo de Indias durante los reinados de Carlos III y Carlos IV*, EUNSA, Pamplona, 1998, XXVII + 530 pp.

El creciente interés historiográfico por el estudio de las instituciones que estructuraban la administración pública en la época de los Austrias y de los Borbones se ha plasmado en una importante producción científica. En el caso del Consejo de Indias el referente es, sin duda, la obra clásica de Ernst Schäfer, sobre la organización y labor administrativa del Consejo de Indias desde su fundación hasta finales del siglo XVII. Para el siglo XVIII se contaba con el valioso trabajo de Gildas Bernard sobre los órganos centrales de la administración indiana, algunas de cuyas conclusiones habían sido ya discutidas por investigaciones más recientes y son ahora completamente revisadas en esta obra. El trabajo de Rafael García Pérez, aunque limitado a la segunda mitad de esta centuria, viene por lo tanto a cubrir una importante laguna historiográfica para el conocimiento de una institución que durante tres siglos fue clave en el gobierno de los territorios americanos.

Se trata de un trabajo respaldado por la consulta de una considerable cantidad de fuentes inéditas, la mayoría de ellas, como es lógico, procedentes del Archivo General de Indias, completadas a su vez por repertorios documentales del Archivo Histórico Nacional y la Biblioteca de la Real Academia de la Historia principalmente. Es digno de mención igualmente el manejo de numerosas colecciones documentales impresas, textos legales, así como de una abundante literatura jurídica de la época.

Con el fin de abordar la evolución del Consejo de Indias en los cincuenta años a los que se refiere la investigación, el autor incide en dos aspectos fundamentales: su organización interna y las competencias que se le atribuyeron. No hay una exposición histórica al estilo clásico sino que los acontecimientos históricos más destacados se señalan en función de estos dos aspectos. Siguiendo tales parámetros, el libro se estructura en cuatro capítulos. En la Introducción el autor hace un interesante estado de la cuestión, de indudable valor historiográfico, y más si se tiene en cuenta la relevancia del tema. El primer capítulo, el único que sigue una estructura temporal, supone un importante esfuerzo de síntesis para narrar los «Antecedentes históricos», es decir, el origen, desarrollo y funcionamiento del Consejo de Indias hasta el periodo en que se centra el estudio. En los restantes capítulos se aborda todo lo relativo a la composición y organización interna, sus competencias y funcionamiento. Al final de la obra se incluye el importante elenco documental y bibliográfico consultado junto con un interesante apéndice documental en el que se reproducen diez documentos esenciales para entender el Consejo de Indias en el período estudiado.

Dentro de los órganos de gestión se analizan, no sólo los cargos individuales (presidente, gran canciller, consejeros, fiscales...) sino también los pluripersonales sobre los que recaía directamente el trabajo burocrático: la Secretaría de la Presidencia, las Secretarías del Perú y Nueva España y la Escribanía de Cámara. Se dedica una especial atención al estudio de los consejeros: extracción social, formación universitaria, procedencia geográfica y, sobre todo, a su experiencia personal en el gobierno de las Indias. Por ejemplo, el autor destaca el hecho de que la promulgación del Decreto de 29 de julio de 1773, que constituía al Consejo de Indias en tribunal de término, equiparado en rango al de Castilla, benefició enormemente la competencia profesional de sus ministros. A partir de esta fecha, la mayor parte de los consejeros que se nombraron habían ocupado con anterioridad algún cargo en las Audiencias indianas, por lo que poseían un conocimiento personal y directo de América. Este aumento en la calidad de los ministros fue acompañado también de un ampliación de su número, como consecuencia, entre otras cosas, del significativo incremento de los expedientes gubernativos y judiciales que se remitían para su tramitación, situación que condujo al desdoblamiento en 1776 de la sala de gobierno del Consejo.

Este nuevo empuje se ve también reflejado en la Contaduría de Indias, organismo dependiente del Consejo y fiscalizador de la Real Hacienda indiana, que experimentó en la segunda mitad del siglo XVIII un resurgir importante llegando a convertirse en un cualificado protagonista de la política indiana, a través sobre todo de los informes que emitía en cuestiones de Hacienda. La presencia de personajes de la talla de Felipe de Altolaquirre, Tomás Ortiz de Landázuri o Francisco Machado al frente de estas oficinas explica este empuje; aunque la razón última del mismo fuera, sin duda, la fuerte incidencia del reformismo borbónico en la política fiscal indiana.

No es posible valorar el auténtico papel que el Consejo de Indias jugó en el siglo XVIII sin llevar a cabo un estudio profundo de sus competencias. El autor se detiene a describir los distintos ámbitos de actuación del Consejo, en su triple condición de órgano gubernativo, consultivo y judicial. Así, atendiendo a la relación existente entre el número de asuntos de gobierno y de justicia que el Consejo de Indias despachó en este periodo, concluye que fue un órgano principalmente gubernativo. Por otra parte, el Consejo continuó desempeñando su tradicional papel de principal órgano asesor del rey para los asuntos americanos y, por lo tanto, influyó de una manera decisiva en la política reformista seguida por la Corona en la segunda mitad del siglo XVIII con respecto a los territorios americanos.

Finalmente se analiza minuciosamente la organización del trabajo interno del Consejo (formación de las distintas salas, votaciones, horarios, etc...) y su funcionamiento. Para ello se reconstruye paso a paso la tramitación que seguían las causas en la vía judicial, y los expedientes en la vía gubernativa. La lectura de esta parte, un tanto ardua, resulta sin embargo útil para conocer la vida interna del Consejo así como las relaciones que, en la resolución de los distintos expedientes, mantenía este órgano con la vía reservada.

La tesis de Gildas Bernard acerca del declive progresivo del Consejo de Indias a lo largo del siglo XVIII, marginado de la administración de las Indias por la creciente pujanza de las recién creadas Secretarías de Estado y del Despacho, queda por lo tanto superada tras el excelente trabajo de Rafael García Pérez que viene a demostrar, siguiendo a autores como Mark A. Burkholder e Ismael Sánchez Bella, que el Consejo de Indias del XVIII, en concreto durante los reinados de Carlos III y Carlos IV, no sólo no perdió el protagonismo de siglos anteriores, sino que experimentó un nuevo resurgir. La disminu-

ción de competencias ejecutivas en beneficio de las Secretarías del Despacho no justifica hablar de una decadencia del Consejo de Indias que, al contrario, ganó en prestigio, autoridad moral e influencia, plasmadas en un relevante desarrollo institucional que le permitió conservar un amplio abanico de competencias.

Se trata por todo ello de una obra de referencia primordial para futuras investigaciones sobre la administración americana en la segunda mitad del XVIII. En su calidad de especialista en Historia del Derecho, Rafael García Pérez, realiza un riguroso estudio institucional, en el que a veces se echa en falta una mayor contextualización histórica del XVIII español y americano. Sin embargo, la obra plantea al historiador americanista sugerentes preguntas y abre por lo tanto puertas para futuras investigaciones que permitan esclarecer, por ejemplo, quiénes fueron los verdaderos protagonistas, tanto a nivel personal como institucional, del reformismo borbónico de la segunda mitad del XVIII.

Pilar LATASA VASSALLO
Universidad de Navarra

GARMENDIA ARRUEBARRENA, José, *Guía de vascos en el Archivo General de Indias de Sevilla*, Madrid, Real Sociedad, Bascongada de Amigos del País - Delegación en Corte, 1998, 628 pp.

Se trata esta obra de una nueva edición, si bien ampliamente aumentada y revisada, de un trabajo similar que publicara el autor en 1992, fruto de una beca de investigación otorgada por la Sociedad de Estudios Vascos - Eusko Ikaskuntza. Aquel «Diccionario biográfico vasco. Méritos, servicios y bienes de los vascos en el Archivo General de Indias», ha crecido en esta ocasión hacia un planteamiento más completo: una revisión y catalogación, exhaustiva aunque no total, de la presencia de personajes de origen vasco en la documentación conservada en el importantísimo repositorio sevillano. Para ello, el autor se ha basado, además de en la obra, ya mencionada, que sirve de base a ésta, en su dilatada experiencia en el manejo documental del Archivo General de Indias y en una larga labor recopilatoria, fruto de la cual ha sido la publicación de un gran número de artículos y notas en revistas científicas sobre esta misma cuestión —especialmente en el Boletín de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, entidad que ahora patrocina la edición de este libro—.

La obra constituye, por lo tanto, una utilísima herramienta para la consulta en dicho archivo de informaciones referidas a la emigración y actividad de los vascos en la América española. Su estructura es sencilla, y a la vez sumamente práctica. En su primera parte, presenta el elenco documental siguiendo fielmente la propia división en secciones de Archivo General de Indias; en cada sección, por su parte, hace un inventario sistemático, legajo a legajo, extractando un resumen de los documentos que hacen referencia a los vascos. En algunos casos, estos extractos son muy descriptivos, especialmente cuando se trata de memoriales o crónicas de cierta extensión; en otros, en cambio, apenas se reflejan los nombres y los cargos u oficios de los personajes vascos reseñados. No obstante, hay que hacer constar que el autor no ha abarcado la totalidad de las secciones, dejando algunas como la

IX (Arribadas), en la que por otras vías se constata la presencia de numerosos vascos, fuera de su estudio. En un segundo apartado, el autor ha establecido un índice onomástico unificado de los personajes vascos reseñados en la primera parte del libro —así como de otros personajes que, sin ser vascos, se hallan relacionados documentalmente con aquellos, según señala el propio autor (p. 448)—.

Es de destacar, a este respecto, que el criterio utilizado a la hora de determinar sobre el carácter vasco de los nombres catalogados es muy lato. Además de los que —por referencias directas de la documentación consultada o por conocimiento historiográfico— tenemos documentado que nacieron en las provincias vascas, se advierte que el autor ha incluido también a todo aquel que presenta un antropónimo vasco, o más concretamente euskérico, aun sin que se precise su lugar exacto de nacimiento. Este criterio ha llevado a que, muy posiblemente, hayan quedado fuera de este catálogo vascos de naturaleza, cuyo apellido no sea euskérico —como es común, por ejemplo, en regiones como la Rioja alavesa o las Encartaciones de Vizcaya—, al tiempo que se habrán incluido naturales de otras regiones españolas, algo muy común, entre otras razones debido al secular proceso de emigración e instalación de familias vascas en el resto de España, ya desde épocas bajomedievales. Otro aspecto a tener en cuenta es que, dentro del grupo vasco, ha incluido a los navarros junto a los alaveses, guipuzcoanos o vizcaínos, e incluso algunos vasco-franceses. Ante las críticas que este proceder pueda originar, cabe remitirse a la definición que la Real Academia de la Lengua da de la voz «vasco»; y en todo caso, siempre habrá que hacer una distinción entre el sentido cultural del término y la configuración política actual de la España de las autonomías.

Finalmente, el autor incluye un pequeño apéndice, donde se remite a otros catálogos que pueden ser de utilidad para el estudioso de la presencia vasca en América; así como un repaso de la documentación vasca publicada en una recopilación de fuentes de tanta importancia en los orígenes del americanismo como fue el CODOIN, donde se publicaron algunos de los más descriptivos e interesantes documentos del propio Archivo General de Indias.

Oscar ÁLVAREZ GILA
Universidad del País Vasco

HILTON, Sylvia L. y Steve J.S. ICKRINGILL (eds.), *European Perceptions of the Spanish-American War of 1898*, Bern, Berlin, Bruselas, Frankfurt, Nueva York y Viena, Peter Lang, 1999, 212 páginas, índice de contenidos, agradecimientos, introducción y nota sobre los autores.

El significado historiográfico que ha tenido la conmemoración del centenario de 1898 y, particularmente, de la Guerra Hispano-Cubana-Norteamericana es tal que ha permitido la realización de investigaciones y la publicación de libros que descienden a un nivel de detalle y profundización en los hechos como el que ahora nos ocupa. Sylvia L. Hilton y Steve J.S. Ickringill reúnen en «*European Perceptions of the Spanish-American War of 1898*» una decena de artículos acerca de la percepción que de la mencionada

guerra y de la crisis del imperio ultramarino español se tuvo en países como Italia, Alemania, Portugal, Austria, Holanda, Rusia, Francia y Gran Bretaña, incluso en territorios que no formaban naciones, como el Ulster o las colonias holandesas.

Cuando se ha trabajado y publicado tanto sobre un tema —a pesar de las lagunas de conocimiento que siempre quedan— descender a niveles de detalle como lo que proporciona la edición de Hilton y Ickringill cobra un valor especial para el avance del saber y del debate historiográfico. Los artículos compilados en la obra, además, son de gran calidad. Algunos plantean cuestiones de carácter general acerca de la referida percepción de la guerra en determinados lugares; otros abordan ciertos aspectos del problema; verbi-gracia, el modo en que la prensa de determinado país se hizo eco de la crisis del imperio español y/o de la intervención norteamericana en la misma, o la reacción ante esos hechos de grupos como los católicos italianos o los unionistas e independentistas de Irlanda del Norte. Aparte de las contribuciones particulares de varios estudios a la historia de Italia, del Ulster, de Francia o Alemania, para la temática noventayochista el principal valor de «European Perceptions of the Spanish-American War of 1898» es el que se obtiene de una lectura conjunta.

El libro comienza, precisamente, con una lectura conjunta y una síntesis de las principales conclusiones comunes del trabajo en una introducción firmada por los editores, Sylvia L. Hilton y Steve J.S. Ickringill, con lo que se ofrece al lector un estado de la cuestión sobre el problema, insistiendo en los factores que determinaron el discursos político de los diferentes países europeos sobre la intervención norteamericana en la Gerra Hispano-Cubana y su significado.

En general, casi todos los autores coinciden en que el 98 español fue percibido en otros países europeos con bastante interés, pero fundamentalmente pensando en la manera en que sus implicaciones afectarían a sus propios intereses nacionales. Nico A. Bootsma, por ejemplo, sostiene que en Holanda la intervención norteamericana en la guerra cubana contra España en Cuba y en Filipinas se vio con preocupación debido a la consolidación de los Estados Unidos como potencia en el Caribe y en el Pacífico, donde el país tenía intereses coloniales. No obstante, tras la firma de la paz lo que predominó fue la satisfacción por la vuelta a la estabilidad de ambas zonas. Además, lo sucedido con el imperio hispano incentivó al gobierno holandés a realizar cambios sustanciales en su política colonial; al establecimiento de la denominada «ethical policy» y de una actitud más liberal con las inversiones extranjeras en los territorios bajo su dominio, lo que otorgó al colonialismo de los Países Bajos una base mucho más sólida desde entonces.

La misma preocupación por sus propios intereses que en Holanda, aunque con un carácter más internacional por tratarse de países con mayor proyección exterior, hubo en Rusia o en Alemania según Ludmila N. Popkova y Markus M. Hugo respectivamente. Popkova dice que en un principio el Zar, por razones fundamentalmente dinásticas, propuso defender a España de la agresión de los Estados Unidos, estableciendo incluso un bloqueo contra ellos, pero finalmente se impuso la coherencia de su gobierno, cuyo Ministro de Finanzas aconsejó no dañar las buenas relaciones existentes con Norteamérica y hacer explícita en un comunicado que la posición del país era aceptar su expansionismo mientras no perjudicase los intereses rusos. Hugo, por su parte, señala que en la percepción de las publicaciones y los estamentos públicos germanos destaca un creciente sentimiento negativo frente a los Estados Unidos y una escasa simpatía por España y por los rebeldes cubanos y filipinos, a quienes se tildó comúnmente de crueles y bandidos. Con

esa misma percepción negativa se vio también la conducción de la guerra y sus resultados y consecuencias para Alemania; perspectiva, en opinión del autor, poco adecuada como base para la comprensión política e intercultural de los hechos y de terceros países, y que impidió entender lo que estaba ocurriendo y sus verdaderas implicaciones más allá de su efecto directo e inmediato sobre la economía, la política o la posición internacional alemana. Esto, según Hugo, significó perder la oportunidad para conocer mejor a los Estados Unidos, lo que tuvo importantes consecuencias en el futuro.

En Portugal, la crisis colonial española también se percibió en función de sus implicaciones sobre el país, aunque en este caso dichas implicaciones fueron mucho más directas que en los anteriores. Agustín R. Rodríguez dice que tanto la actitud frente al problema como la lección que obtuvo de sus consecuencias estuvieron estrechamente vinculadas con las relaciones luso-británicas. Tales relaciones se habían visto alteradas por el «ultimátum» inglés en África en 1890, tras el cual, según Rodríguez, aunque en nuestra opinión esa afirmación es algo exagerada, el gobierno de Lisboa trató de encontrar en Madrid un garante de su posición internacional alternativo a Londres. Sea como fuere, con la derrota frente a los Estados Unidos, el mencionado gobierno comprendió la débil posición de España en el mundo, aún más cuando se vio involucrado en los acontecimientos con la presencia de flota británica en el puerto lisboeta, tomando posiciones para evitar que el conflicto hispano-norteamericano se extendiese a Europa y a las Canarias. En resumen, el autor piensa que el 98 hizo comprender a los portugueses la necesidad de retornar a su tradicional alianza con el Reino Unido.

Entre los estudios más particulares de la compilación están los de Daniela Rossini y de Steve J.S. Ickringill sobre la actitud de los católicos italianos y de los habitantes del Ulster ante la guerra hispano-norteamericana. Rossini piensa que para los primeros y, sobre todo, desde el punto de vista oficial del Vaticano, la derrota de España significó la victoria de un país protestante en el que, además, estaba clara la separación Iglesia-Estado, opción muy discutida por las principales autoridades eclesiásticas, que no se resignaban a mantener únicamente su poder en el plano espiritual, a lo que se habían visto obligadas tras la unificación italiana. No obstante, la autora señala también que no todo el mundo católico estuvo de acuerdo con esa posición oficial. Por ejemplo, el clero americanista vio en la victoria norteamericana la de una Iglesia más libre frente al excesivo poder de Roma, que había apoyado al obsoleto catolicismo español. A las mismas razones de complejidad social alude Ickringill para explicar la percepción del 98 en el Ulster. De hecho, dice que la reacción frente al conflicto hispano-estadounidense refleja la profunda división del territorio. En general, los independentistas se vieron identificados con la lucha de los cubanos por su independencia y saludaron con esperanza la ayuda de Washington por ello y por lo que la consolidación de los Estados Unidos como potencia internacional significaba como contrapeso del poder inglés en el mundo. Además, poco antes habían celebrado la victoria electoral de William McKinley, presidente de origen irlandés y, curiosamente, con un antepasado ejecutado en las revueltas de 1798, cuyo centenario se conmemoraba en 1898. No obstante esta situación, los Unionistas no tuvieron motivo para estar intranquilos, ya que en su mensaje sobre el Estado de la Unión, McKinley destacó con especial hincapié la buena salud de las relaciones anglo-norteamericanas.

La estrecha relación entre Gran Bretaña y los Estados Unidos es también una de las principales conclusiones de Joseph Smith en su estudio sobre las corresponsalías bri-

tánicas y el conflicto hispano-cubano. Smith señala que por esa razón, en general, los periódicos de aquel primer país saludaron la victoria del segundo. También indica que dichos periódicos no enviaron corresponsales a la isla hasta que Washington declaró la guerra a Madrid —mientras tanto sus informaciones se nutrieron con las noticias de Reuters, de la Associated Press of New York, y de la prensa española y norteamericana—. Las cosas cambiaron tras la citada declaración. Entonces no sólo se enviaron reporteros, sino que algunos rotativos, como el «Daily Mail», eligieron a su mejor hombre para cubrir el acontecimiento. Ese hombre era Charles E. Hand, el único periodista —según el autor— que se dio cuenta de que ello implicó la transformación de la lucha de Cuba por la independencia en una guerra de conquista, al informar acerca de que el ejército estadounidense consideraba a las autoridades locales incapaces de gobernarse.

Otro estudio sobre la prensa es el de Serge Ricard acerca de la «editorialización» del conflicto hispano-norteamericano en los periódicos franceses. El autor insiste en el interés que éstos mostraron en la guerra y comenta que sus editoriales destacaron fundamentalmente por su percepción negativa de la actitud de los Estados Unidos cuando decidieron intervenir en los asuntos internos de un país vecino —y por aquel entonces aliado— y por lo que significaba como consolidación de ese país como potencia mundial, sobre todo en el lejano Oriente. Richard opina también que esa posición fue muy coherente con la del gobierno galo, que desde el inicio del conflicto hispano-cubano se esforzó en lograr una rápida pacificación.

Seguramente Austria fue el país europeo —al menos entre los estudiados en el libro— que mostró una actitud más diferenciada frente al conflicto hispano-cubano-estadounidense, posiblemente también debido a que fue el menos afectado directa o indirectamente por él. Nicole Slupetzky prueba que la prensa austriaca vio el acontecimiento, además, con una gran perspicacia, deduciendo rápida y claramente su significado como origen del imperialismo norteamericano. Casi todos los periódicos coincidieron en señalar los errores del colonialismo hispano, pero también la falta de legitimidad de los Estados Unidos para actuar en dicho conflicto por razones humanitarias, pues enseguida fue evidente que en Cuba pretendían algo más que la independencia de la isla y, además, usaron su intervención en ella para ocupar Puerto Rico y Filipinas, incluso Hawai, que ni siquiera era colonia española.

El trabajo de Sylvia L. Hilton en «European Perceptions of the Spanish-American War of 1898» es el único que no guarda relación con los anteriores, dado que analiza un problema concreto en uno de los países implicados en el conflicto hispano-cubano-norteamericano. Esa falta de consonancia respecto al resto de las contribuciones reunidas en el libro no implica, sin embargo, que el estudio carezca de interés. Según la autora, la historiografía ha dicho que la guerra contra los Estados Unidos fue el único recurso que le quedaba al régimen de la Restauración para sobrevivir a la pérdida de Cuba y salvar a la Monarquía. Los partidarios de la República, por el contrario, trataron de explotarla para provocar una crisis que acabase con dicho régimen; sin embargo esa posición provocó un discurso lleno de contradicciones, incluso incompatible con la ideología republicana y que, además, no tuvo resultados: satanizaba la actitud norteamericana al mismo tiempo que valoraba su ejemplo como el símbolo de las virtudes del sistema de gobierno que reclamaban para España. Frente a ambos, monárquicos y republicanos, los federalistas mantuvieron posiciones muchos más coherentes, antinorteamericanas —según Hil-

ton—, pero también destinadas a distanciarse de los hechos para no verse implicadas en el desastre de la derrota.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia (CSIC)

KOHUT, Karl y ROSE, Sonia V. (editores), *La formación de la cultura virreinal. 1. La etapa inicial*, Frankfurt am Main, Madrid, Vervuert/Iberoamericana (Col. «Textos y estudios coloniales y de la independiencía», vol. 6) 2000, 320 pp.

Los estudios coloniales latinoamericanos se han visto estimulados por la iniciativa de los editores a esta publicación —Kohut y Rose—, quienes llevan adelante un proyecto, a largo plazo, con el objetivo de estudiar la formación de la cultura iberoamericana en etapas sucesivas y a través de casos particulares. El volumen 6 de la colección TECI (Textos y estudios coloniales y de la independiencía) es un avance de ello. Reúne 23 trabajos, mas bien cortos, presentados en el simposio «La formación de la cultura en Iberoamérica: tradiciones cultas y realidad colonial (siglo XVI y principios del XVII)» realizado en Alemania (Universidad Católica de Eichstätt) a fines del 1997; es el segundo organizado y publicado como parte del proyecto señalado¹.

La temática se ordena en torno a dos ejes de reflexión, que enmarcan el contenido: 1) el status político de las posesiones americanas, tema a debatirse dentro de una corriente de re-evaluación del concepto «colonia» y sus especificidades regionales, y 2) el status de las letras y la cultura, concebido por unos como una prolongación de la cultura europea y por otros como el producto de una incipiente literatura americana. Desde esa base se pretende analizar a la sociedad colonial en formación, asimilando activa y creativamente los elementos propuestos por la cultura española y occidental —ingredientes que varían en forma y cantidad— y además comprobar la manera de elaborar ciertas variantes regionales a partir de los componentes del mundo indígena.

Uno de los logros más novedosos de esta publicación resulta ser el análisis de una diversidad de casos que permiten trabajar en torno a las proporciones de la vertiente occidental y la nativa, es decir, estudiando fragmentos de la obra de Sor Juana, Dávalos y Figueroa, Fernández de Oviedo, Cabello Valboa, Fray Martín de Murúa, el Inca Garcilaso, entre otros, se logra comprender los elementos que intervinieron en la construcción de la cultura iberoamericana. En torno a ese entramado, las contribuciones se han estructurado en tres secciones de acuerdo a la problemática tratada por los autores. Una primera contiene siete estudios relativos a «la génesis de la tradición literaria». La segunda parte agrupa ocho, relativos a la «translación, circulación y actualización de modelos e ideas» y se ocupan de las manifestaciones literarias en diferentes géneros, sus influencias y sus

¹ El primer volumen, también resultado de un simposio, es KOHUT, Karl y ROSE, Sonia V. *Pensamiento europeo y cultura colonial*, Frankfurt am Main, Madrid, Vervuert/Iberoamericana (Col. «Textos y estudios coloniales y de la independiencía, vol 4), 1997.

variantes regionales. Y la tercera y última, con otros ocho artículos, registra casos de la «historiografía y expresión de identidades» examinando algunas obras como expresiones germinales de identidad, de saber científico y de dominio del espacio. Los textos presentados pueden ser leídos en clave de crítica y análisis literario, o también, desde la amplia perspectiva interdisciplinaria hacia el conocimiento del mundo colonial, su sociedad y su proceso de formación.

Los antecedentes inspiradores y los componentes necesarios para la creación literaria de las primeras décadas de la colonización española, a mediados del siglo XVI, son —sin duda— lo español y lo americano, aunque, según estos estudios, superan los límites de la simple mezcla. La literatura europea aportó la plataforma de expresión proponiendo modelos poéticos y épicos, aunque en estos últimos se descubren elementos autobiográficos. Estas expresiones sugieren modelos estéticos que reivindican lo criollo, o lo europeo criado en América a la sombra de lo indígena (Peña, Sobrevilla, Rösner y también Kohut, Costigan, Chang Rodríguez), mientras que lo indígena promovía ciertas estrategias de integración social (Bénat-Tachot, Bolaños, Perujo, Val Julián), además de interpretaciones de su realidad americana en clave europea (Duviols, Guibovich, Rodríguez Garrido). La presencia de influencias del mundo de la reconquista y su herencia árabe, llegadas con la conquista, están presentes en la estructura de algunas obras (Rose, del Pino). Para completar, hay una llamada de atención sobre el uso constante del latín durante los tres siglos de dominio ibérico y su influencia, ya sea en las obras científicas, de composición o en citas (Briese-meister, Colombí-Monguió), tema que hasta hace poco había sido poco profundizado en los estudios de historia cultural pero que empieza a cobrar fuerza. Una propuesta de periodificación con criterios de producción y circulación del material literario completa la simple consideración cronológica (Janik).

Soslayando la posición atemporal del débil marco teórico post-colonial, los editores han elegido utilizar la palabra «virreinal» en lugar de «colonial» para romper —dicen ellos— con la imagen de bipolaridad colonia/metrópoli o centro/periferia, sin embargo no hay que olvidar que este concepto fue utilizado en las décadas pasadas por historiadores del arte con una perspectiva de tendencia conservadora que deseaba exaltar los valores de la Metrópoli.

Auguramos a este proyecto una larga vida esperando que sus resultados puedan —como sostienen sus promotores— aportar piezas de conocimiento que permitan en el futuro «trazar la cartografía de la actividad intelectual de Iberoamérica» (p. 10) y establecer nexos y contactos entre las academias europeas y norteamericanas, y me permito añadir, a las latinoamericanas, aunque esto sólo sea un deseo personal.

Clara LÓPEZ BELTRÁN
Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia)/CSIC

MARTÍNEZ RIAZA, Ascensión (comp.), *La Construcción de la Identidad Iberoamericana: Textos Históricos* (CD ROM, Colección Clásicos Tavera, n.º 31, Serie II, Vol. 4: Temáticas para la historia de Iberoamérica), Madrid, MAPFRE Mutualidad, Fundación Histórica Tavera y DIGIBIS, 1999.

El presente CD ROM forma parte de un amplio proyecto que hace poco más de tres años ha iniciado la Fundación Histórica Tavera, «La Colección Clásicos Tavera», cuyo objetivo es la edición electrónica de las obras más relevantes para el conocimiento del pasado de los países, regiones y ciudades de América Latina, Filipinas, España y Portugal, así como de ciertos temas monográficos relacionados con esas mismas áreas geográficas. De hecho, *La Construcción de la Identidad Iberoamericana: Textos Históricos* es el tercer CD ROM editado de la serie «Temáticas para la historia de Iberoamérica» (los otros dos son: «Afroamérica, la tercera raíz», a cargo de Enriqueta Vila Vilar, de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos del CSIC; y «Náutica y Navegación», a cargo de José Ignacio González-Aller Hierro, director del Museo Naval).

La Construcción de la Identidad Iberoamericana: Textos Históricos recoge una cuidadosa selección de textos (26, en total) de pensadores, intelectuales y políticos latinoamericanos, que constituyen, en definitiva, diferentes modelos y propuestas de interpretación de la realidad de los países del área desde el proceso de independencia de España hasta finales de la segunda década del Siglo XX. Período complejo, polémico y reincidente para las reinterpretaciones históricas, pero fundamental para valorar el proceso de conformación de los Estados nacionales en América Latina. La selección está a cargo de una historiadora especialmente idónea para realizarla; Ascensión Martínez Rianza, profesora de la Universidad Complutense, posee sólidos conocimientos sobre el período. Por eso, una selección de textos como la propuesta requiere de algunos criterios de explicación que la autora no pasa inadvertidos y procura aproximarnos en la introducción de la obra.

Las obras elegidas para la compilación constituyen una buena muestra para abordar el tema, aunque —como Martínez Rianza confiesa— la selección obligó a dejar de lado otros autores igualmente relevantes. Los materiales han sido digitalizados en edición facsimilar. El resultado del trabajo editorial de DIGIBIS es digno de mención porque pone a disposición del lector un acceso integral, rápido, fácil y sencillo de un conjunto de documentación que suele estar dispersa. La consulta del CD-ROM no es complicada; cuenta con una buena guía de ayuda, un sumario general en el que se detallan los contenidos y a través del que es posible realizar búsquedas por distintos campos (uno a uno o varios a la vez) por autor, título y/o palabras clave. Cada texto dispone, asimismo, de una ficha independiente en la que se señalan sus características y se incluye un índice que permite búsquedas similares a las del sumario general. El sistema ofrece, además, distintos tipos de visualización (zoom, rotación e inversión de imagen, modificación de los niveles de contraste), y permite seleccionar partes del contenido y guardarlas en cualquier otro soporte magnético e imprimirlas con una calidad muy superior a la de una fotocopia convencional. A través de este CD-ROM se puede consultar, asimismo, todos los índices de las obras de la Colección Histórica Tavera que se han publicado con anterioridad.

En la introducción, la autora explica el por qué de los textos elegidos. Considera a las obras seleccionadas «documentos básicos» en los que se trata de reflexionar acerca de la «cuestión nacional» en el proceso de formación de los Estados nacionales latinoamericanos y presenta las aportaciones teóricas más recientes y elaboradas sobre el tema —Hobsbawn,

Anderson o Gellner, y Hale y Francois Guerra para el caso latinoamericano—. Además, para ella estos historiadores son «autoridades» en el sentido de que su obra y actuación tuvieron incidencias sobre la realidad de la que se ocuparon. Todos ellos pertenecieron al grupo dominante, se movieron en el circuito de influencias intelectuales y políticas que posibilitaba el intercambio con Europa, y actuaron en la vida pública a través de distintas plataformas —academia, política o medios de comunicación—. Algunos textos constituyeron los pilares ideológicos de programas políticos en curso; otros, en cambio, se elaboraron para manifestar la oposición al poder establecido.

La visión general del proceso se completa con otras referencias no menos importantes para encuadrar a los autores seleccionados. La preocupación por organizar a los diferentes países que resultaron de la fragmentación del imperio colonial, derivó en pactos entre las diferentes facciones que luchaban por el poder y en la búsqueda de modelos funcionales para establecer un estado moderno. El modelo liberal se legitimó institucionalmente y se proyectó la admiración del sistema republicano de los Estados Unidos y la idea de progreso de las naciones europeas. El positivismo fue el modelo ideológico de los programas políticos, se valoró la educación como medio de trasmisión de valores y de control social, y se elaboró una historia nacional como soporte de la idea de nación. El cuestionamiento a ese modelo de «estado oligárquico» no escapa de la presentación de la obra, aunque apenas se despunta el problema debido a las limitaciones cronológicas impuestas por la selección. Las explicaciones introductorias en torno a los diferentes autores y su obras se amplían con notas complementarias que añaden referencias sociopolíticas, al tiempo que informan sobre cómo se manifestaba esa corriente ideológica y cultural en otros países de América y sobre bibliografía para profundizar cuestiones interesantes que surgen del relato.

El primer grupo de autores seleccionados actuó y escribió en los años siguientes de la ruptura con España. Dignos representantes de la «generación romántica», según Leopoldo Zea, son los argentinos Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Domingo Faustino Sarmiento, y los chilenos José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao. Todos ellos defendieron las ideas liberales para el diseño del proyectos políticos nacionales y entendieron a la herencia española como una limitación a la penetración de las ideas progresistas. Echeverría, Alberdi y Sarmiento, hombres de la «generación del 37», opuestos al régimen caudillista y autoritario que impuso Juan M. De Rosas tras años de luchas civiles en la región rioplatense, elaboraron proyectos nacionales de clara influencia norteamericana. De Esteban Echeverría se reproducen dos obras, *Dogma Socialista* (1946), en la que incorporó todos los ideales de la Revolución Francesa; y *El Matadero* (1939), un cuadro costumbrista de la sociedad marginal de Buenos Aires, a la que atacaba simbólicamente. La incorporación a la selección de *Las Bases y Puntos de Partida para la Organización Política Argentina* (1952) de Juan Bautista Alberdi es más que apropiada, ya que, nutrido de influencias europeas y americanas, constituyó el modelo para la elaboración de la Constitución Argentina de 1853. De Domingo F. Sarmiento se reproducen dos obras: *Facundo* (1915; pero que apareció por entregas en el periódico chileno *El Progreso* en 1845), en el que desarrolló un proyecto de nación a partir de la crítica feroz a los caudillos, apostando por pautas europeas y estadounidenses; y *Conflicto y armonías de las razas en América* (1883), escrito que le permitió justificarse ideológicamente de su obra de exterminio al indígena mientras ejerció la presidencia del gobierno argentino En Chile, a diferencia del resto de las naciones latinoamericanas, la estabilidad política fue el

signo dominante. Sin embargo, al conservadurismo portaliano, se le opusieron liberales como José Victorino Lastarria y Francisco Bilbao; este último con ideas más radicales. En la compilación electrónica se reproducen los volúmenes correspondientes a los *Estudios Históricos* (Barcelona, 1909) de las *Obras Completas* del primero. De Bilbao se ha reproducido *El evangelio Americano* (1864), obra en la que manifiesta su actitud anticolonialista y antiimperialista.

Lo cierto es que este grupo de autores tiene una homogeneidad ideológica fácil de identificar y otorga cierta uniformidad al hilo explicativo. No obstante, las diferencias regionales en la evolución del proceso de conformación de estados nacionales se imponen en la selección de las obras y Martínez Riaza se encuentra con un abanico de tendencias que abarcan a los distintos autores como son el Modernismo, El Hispanismo, El Indegimismo, el Positivismo y el darwinismo social. Para facilitar el proceso de formación de las repúblicas y resolver los problemas políticos sobre bases liberales y bajo la égida del positivismo era fundamental la construcción de la historia de los países. En ese sentido, en el CD-Rom están reproducidas las del colombiano José María Samper, *Apuntamientos para la historia política y social de la Nueva Granada* (1853); del argentino Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano* (2 vols.); del guatemalteco Lorenzo Montúfar, *Discursos del Doctor Lorenzo Montúfar* (1897); del mexicano Justo Sierra, *Historia Patria* (1922); y del ecuatoriano Juan Montalvo, *La pluma de fuego de Juan Montalvo* (s.d.) y *Sus primeras prosas (seguidas de algunos inéditos)* (s.d.).

En ese espectro de diferencias también tienen su sitio en el CD-ROM otros dignos defensores de la aplicación del positivismo para las soluciones latinoamericanas como el puertorriqueño Eugenio María de Hostos, *Lecciones de Derecho Constitucional* (1908) y *Madre Isla: Campaña política por Puerto Rico, 1898-1903* (1939) y los peruanos Manuel González Prada, *Horas de lucha* (1908) y *Páginas Libres* (París, 1894) y Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas* (3 vols) (1893-1894) El antillano se valió de las ideas positivistas para pensar en la independencia de las últimas colonias españolas. Para los peruanos, el positivismo fue la ideología de austeridad y de reconstrucción que demandaba la derrota de su país ante Chile en la Guerra del Pacífico (1897-1883), pero también la de las políticas para pensar la cuestión del indio y el problema multirracial. El panorama de pensadores peruanos se completa con José de Riva Agüero, cuya obra ha despertado más de una polémica historiográfica en el país sudamericano. Sus obras digitalizadas han sido: *Carácter de la literatura del Perú independiente* (1905) y *La Historia del Perú* (1910); obras en la que reivindicó la tradición española frente al modernismo de imitación extranjera.

Los argentinos Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros constituyen, como bien lo señala la compiladora, los representantes más emblemáticos de la sociología positivista en América Latina. El contacto de ambos con los llamados «krausistas» españoles se refleja en sus escritos. De hecho, la obra de Bunge, *Nuestra América* (1903), se editó en Barcelona con un prólogo de Rafael Altamira. José Ingenieros, por su parte, en *La evolución Sociológica Argentina. De la Barbarie al Imperialismo* (1910) advierte sobre la necesidad de contrarrestar las medidas antisociales que la inmigración y el progreso económico habían desarrollado en la Argentina mediante reformas legislativas que regulasen las relaciones entre los trabajadores.

Al calor del cambio de siglo, las ideas positivistas comenzaron a ser cuestionadas por algunos latinoamericanos, concitando expectativas de reconciliación con lo que tenían más próximo. Desde diferentes contextos, pero con una perceptible influencia del moder-

nismo, el cubano José Martí y el uruguayo José Enrique Rodó son los seleccionados por la autora para representar a esta tendencia que desmitifica a los modelos europeos y norteamericano para la elaboración de propuestas propias de la región. Ambos contribuyeron a reformular el proyecto iberoamericano basándolo en una sociedad igualitaria, popular y democrática y revalorando el elemento mestizo. De Martí se han reproducido tres obras: *Patria* (1925), *Libertad* (1925) y *Nuestra América* (1925). Rodó, al igual que Martí se formó en el proyecto positivista, pero acabó cuestionándolo. En *Ariel: Liberalismo y Jacobinismo* (1926) encarnó los valores positivos de la tradición latina y los democráticos.

Marcela GARCÍA
Instituto Universitario Ortega y Gasset

MAZA MIGUEL, Manuel P., *Esclavos, Patriotas y Poetas a la sombra de la Cruz. Cinco ensayos sobre catolicismo e historia cubana*, Centro de Estudios Padre Juan Montalvo, S. J., Santo Domingo, República Dominicana, 1999, 263 pp.

Manuel P. Maza Miguel, sacerdote jesuita presenta, bajo un sugerente título *Esclavos, Patriotas y Poetas a la sombra de la Cruz*, seis ensayos publicados en la *Revista de Estudios Sociales* del Centro de Estudios Sociales Padre Juan Montalvo entre 1987 y 1995, y uno editado en 1985 por la revista *Ciencia y Sociedad* de Santo Domingo. Como sugiere el título, el espectro temático que se aborda es sumamente amplio, por lo cual resulta importante el vínculo que los unifica: las posiciones adoptadas por la Iglesia Católica en diferentes momentos y ante distintas situaciones.

Como puede apreciarse a simple vista, los momentos en que estos trabajos fueron elaborados son diferentes, uno fue escrito hace catorce años, otro doce, en tanto el más reciente fue publicado originalmente en 1995; esta circunstancia trasciende al lector especializado, quien observa cierto retraso tanto en la forma de abordar los asuntos como en la bibliografía utilizada para su confección. El autor, Licenciado en Teología Fundamental de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y Doctor en Historia por la Universidad de Georgetown, no ignora, desde luego, esta debilidad del libro, pero evidentemente la necesidad de una divulgación más amplia y la escasez de tiempo para actualizar trabajos tan disímiles, debieron influir en su decisión. Cubano por nacimiento y dominicano por adopción, ha perseguido una intención, y un objetivo; la primera, que la historia, en cuanto ciencia, permite conocer el pasado para proyectar, de manera más adecuada, el futuro de la sociedad; y el segundo, trascendente en su condición de sacerdote, analizar la acción de la Iglesia Católica en diversos momentos del devenir histórico de la sociedad cubana. Para ello se hace preguntas y ofrece respuestas objetivas, sin que su condición de sacerdote le impida asumir sucesivos reconocimientos que agrupa en cinco presupuestos:

- Cuando la Iglesia forma parte del poder legitima los intereses de éste y manifiesta sus acciones como mediaciones necesarias a los fines de la evangelización.

- A partir de esta toma de posición, la Iglesia descalificará otras ideas y posiciones que pueden manifestarse en su seno.
- Esta actitud se manifiesta como la única válida y como su acción totalizadora, de forma tal que las fuerzas que pugnan por proyectar nuevas acciones, se ven precisadas a rechazar, en su conjunto, todo lo que forma parte de su discurso oficial.
- Estos elementos han influido en que las respuestas más adecuadas a los retos sociales verdaderos, no hayan partido del seno de la Iglesia sino de sus opositores.
- En estos procesos se presentan coincidencias y acuerdos sorprendentes e inesperados entre personas de convicciones religiosas opuestas, pero que tienen criterios humanistas similares.

Los artículos que integran, en forma de capítulos, el libro, son los siguientes: *Iglesia cubana, Cinco siglos de desafíos y respuestas; Clero católico y esclavitud en Cuba (s. XVI al XIX). Ensayo de síntesis; Estudio del poema «West Indies LTD» de Nicolás Guillén. Historia y poesía. Lo racial en Guillén; León XIII, José Martí y el Padre Mac Glynn. Un esforzado luchador social en Nueva York a fines del siglo XIX; Cuba, Iglesia y Máximo Góme y Desiderio Mesnier (1852-1913): un sacerdote y patriota cubano para todos los tiempos*. Su origen, como artículos independientes, no modificados a los efectos de la edición, hacen que su factura sea diversa y que se manifiesten frecuentes reiteraciones en el tratamiento de algunos asuntos; por otra parte una temática tan amplia y diversa -tiempos, espacios, épocas y personajes diferentes y disímiles-, hacen que su abordaje sea menos científico y más superficial y que descansa sobre la base informativa de que el autor ha dispuesto, en esta dirección influyen dos cuestiones, el momento en el cual fue escrito cada trabajo y la ausencia de fuentes editadas en la Isla de Cuba. Debe tenerse en cuenta, desde luego, que el autor no pretende establecer conocimientos nuevos, sino imbricar la información que requiere para lograr su objetivo: analizar las posiciones asumidas por la Iglesia Católica en la Isla de Cuba, a lo largo de cuatro siglos.

El primer capítulo que aborda «cinco siglos de desafíos y respuestas», tiene una peculiar periodización que se relaciona, esencialmente, con las acciones de la Iglesia: Una primera etapa que se inicia con la conquista, comprende el Primer Sínodo Diocesano de 1680 y concluye con la presencia en Cuba del Obispo Compostela en 1687; una segunda que trasciende la muerte del Obispo Espada y llega hasta las medidas anticlericales de 1840; la tercera se extiende desde ese momento hasta el fin de la primera ocupación norteamericana en Cuba en 1902; la cuarta abarca hasta el triunfo de la Revolución en 1959; y la última llega hasta los años noventa, aunque no alcanza a reflejar la visita del Papa Juan Pablo II a la Isla.

Abordar las posiciones de la Iglesia Católica durante cuatro siglos signados por cuatro procesos revolucionarios, dos ocupaciones del territorio por parte de los Estados Unidos y un estado de profunda subversión social en todos esos momentos, es una tarea harto difícil que el autor logra sortear con inteligencia y objetividad.

El capítulo segundo, centrado en la esclavitud, retoma algunas cuestiones tratadas en las tres primeras etapas del anterior y profundiza en otras. Este capítulo se resiente, tal vez más que otros, por la ausencia de bibliografía procedente de la Isla, ya que al ser éste un tema muy trabajado por la historiografía cubana, el autor hubiese podido contar con más elementos para algunas de sus consideraciones y que le hubiesen evitado algunos errores, como el de atribuir a Manuel Moreno Fragnals, criterios elaborados desde mu-

cho antes por Juan Pérez de la Riva, que fueron enriquecidos a lo largo de su prolífica obra¹, al igual que asumir un discernimiento elaborado a partir de la historiografía norteamericana sobre la esclavitud: la definición no cultural sino nacional de afrocubanos para los negros nacidos en Cuba, que nunca se consideraron como tales.

Cabe destacar que este capítulo aporta interesantes consideraciones sobre las diferentes posiciones asumidas por la Iglesia ante el fenómeno de la esclavitud.

El capítulo tercero es menos histórico, pues aborda específicamente un poema de Nicolás Guillén, aunque permanece relacionado a las cuestiones sociales a partir del abordaje de la «raza»; fue escrito, originalmente en 1985 y pretende analizar esos versos «como testigo documental de un determinado momento histórico». Para ello introduce elementos biográficos sobre el autor, y también algunas implicaciones psicológicas en sus actitudes a partir del asesinato del padre. En este caso aparecen, junto a otras fuentes, las cubanas, especialmente diversos trabajos elaborados por Angel Augier, Cinto Vitier y Nancy Morejón. Tal vez merecería tenerse en cuenta, para la ausencia del movimiento de los Independientes de Color en las referencias del poeta, que no todos los negros tuvieron, en esos años, proyecciones similares y que su padre formó parte, al igual que otras figuras de la época, del grupo que no consideraba pertinente la creación de un partido negro.

Muy interesantes, por polarizados u obviados en el debate historiográfico, son los criterios de Cinto Vitier, asumidos por Martínez Estrada y discrepados por Nancy Morejón, con respecto a los problemas raciales y la cubanía.

En el cuarto capítulo, a partir de lo publicado por José Martí en 1887 en *La Nación*, de Buenos Aires sobre el conflicto entre Edward Mc Glynn, sacerdote de Nueva York, con su arzobispo Michael A. Corrigan, se expone un esbozo biográfico del primero, las raíces de sus ideas sociales y sus posiciones en la campaña electoral a favor de la candidatura de Henry George para alcalde de Nueva York; sobre estos presupuestos se desarrollan las acciones de Corrigan que llega a excomulgar al sacerdote y el desacuerdo de éste sobre la base de que «Hay que distinguir entre la Iglesia y los meros administradores de aquello que pudiera llamarse (...) la maquinaria eclesiástica, (...) nosotros somos del sentir, que esta noche estamos del lado de nuestra fe y de los derechos de los ciudadanos norteamericanos».

En este capítulo, tal vez más que en otros, se refleja la posición de Maza Miguel de lo que debe ser, hacer y significar la Iglesia para la sociedad, y para ello utiliza la percepción subversiva de José Martí: «¡Y son como siempre los humildes, los descalzos, los desamparados, los pescadores, los que se juntan frente a la iniquidad hombro a hombro y echan a volar, con sus alas de plata encendida, el Evangelio! ¡La verdad se revela mejor a los pobres y a los que padecen!. ¡Un pedazo de pan y un vaso de agua no engañan nunca!. Y en esa dirección se establecen las conclusiones del autor.

El quinto capítulo, escrito originalmente en 1987, establece la unión, y también el compromiso, cubano-dominicano, de Maza en particular y de la historia cubana en general, en tanto ambos países forman parte, con Puerto Rico, de esa trilogía de Antillas Hispánicas que es portadora de múltiples elementos comunes. Aborda, específicamente las

¹ Nos referimos a los criterios sobre la Cuba A y la Cuba B, enriquecidos en el prólogo a la *Suscienta Historia sobre la Isla de Cuba de Manuel del Valle Hernández*, y en su proyecto, diseminado en múltiples artículos sobre La Conquista del Espacio Cubano, que no pudo concluir por su temprano fallecimiento.

posiciones de la Iglesia Católica a partir de 1898, momento en que Placide Chapelle fue nombrado Delegado Apostólico de ésta en las conversaciones de París. Fue éste quien designó, el 2 de julio de 1899 al cubano Francisco de Paula Barnada como Arzobispo de Santiago de Cuba y quien propuso a Donato Sbarretti para la diócesis de la Habana. Este último nombramiento concitó la oposición de los independentistas, quienes proponían al padre Luis Mustelier como Obispo de la Habana. En un contexto de acusaciones múltiples y de descontento generalizado se produjo, en abril de 1901, una entrevista entre Monseñor Donato Sbarretti y el General Máximo Gómez, al igual que una serie de acciones posteriores que concluyeron con el nombramiento, para el Arzobispado de la Capital, de Francisco de Paula Barnada.

Este capítulo permite al autor, analizar un caso concreto en el cual se manifiestan las posiciones de la Iglesia y los líderes de un proceso revolucionario: «Las justas reservas y recriminaciones que albergaba Máximo Gómez contra la jerarquía católica no lo llevaron a involucrarse en un manto de justicia y cerrarse desdeñoso a todo diálogo con los representantes de esa institución que tanto lo había combatido. Por su parte, tanto el italiano Sbarretti como el español Santander (...) ¡contramarcharon!; de esta forma manifiesta el autor, con una frase muy conocida del general dominicano-cubano, las posiciones asumidas por la institución eclesiástica: «contramarcharon»; la inferencia, por evidente, resulta obvia.

Desiderio Mesnier (1852-1913): un sacerdote y patriota cubano para todos los tiempos, es el título del sexto y a la vez último capítulo. La figura de Mesnier, «seminarista mambí» y las acciones y actitudes que tuvo que asumir en su vida personal y religiosa, enmarcada en los dos grandes conflictos bélicos que se desarrollaron en Cuba contra la Península, sirven a Maza para poner de relieve las posiciones de un sacerdote cubano. A finales de 1898, fue propuesto, por el general Calixto García, como coronel del Ejército Libertador. En ese contexto post-bélico, de exaltación permanente, Desiderio Mesnier emprendió la defensa del Arzobispo de Santiago de Cuba, Dámaso Sáenz de Urturi, quien, aterrizado, refería «todos los días (...) hay manifestaciones, y ora en el cementerio, ante una tumba de un hombre de la actual insurrección, se oye el desaforado grito de ¡mueran los españoles! ¡mueran los rabiosos!».

Para Mesnier «los insurrectos fueron a la revolución armada no a hacerle la guerra a Dios ni a sus ministros, sino al gobierno español», pero el Arzobispo, aterrizado, no fue capaz de entender nada y regresó a la Península. Una vez más, Maza utiliza el relato histórico para llegar a una conclusión, pues Mesnier «impidió que el sentido de la lucha independentista cubana fuera tergiversado en ambos lados del Atlántico. Por eso sigue enseñándonos».

Ni la dirección, ni el movimiento de los capítulos que integran este libro son uniformes, sin embargo, como expresamos al iniciar este comentario, tras ellos hay un hilo conductor que Manuel P. Maza Miguel utiliza para analizar el papel desempeñado por la Iglesia, pero que pudiera servir para muchas otras consideraciones en torno a la necesidad de la comprensión de los procesos y de las consecuencias profundas que en ellos desempeñan las acciones de los sujetos históricos.

Dra. María del Carmen BARCIA ZEQUEIRA.
Universidad de La Habana

MILHOU, Alain et HARWICH, Nikita (Etudes réunies par), *Interdits et Transgressions. II. Civilisation: Le monde hispanique du XVe. au XVIIe. Siecle*, Rouen, Les Cahiers du CRIAR (Centre de Recherches d'études iberiques et ibero-americanes, No. 18-19), 2000, 287 pp.

Analizando el mundo religioso y cultural de la Europa del siglo XVI, se observa que España era uno de los países menos cristianizados a causa de la presencia viva de comunidades judías y musulmanas. Las campañas edificantes realizadas para promover el modelo de cristianismo en la modalidad católica, forjaron prácticas y creencias morales, espirituales y religiosas elaboradas a partir de las tres religiones monoteístas. Generaron peculiaridades y sincretismos conceptuales y ceremoniales, en las diferentes regiones de la geografía española y en la periferia iberoamericana, donde también se incorporaron creencias de las culturas nativas.

Para demostrar lo anterior y abundando en el tema «Interdicción y Transgresión» en las sociedades, el CRIAR publica su cuaderno número 18-19 dedicado a la historia de las practicas culturales en el mundo hispánico de la Península y del Nuevo Mundo durante la época de los Reyes Católicos y la de los Habsburgos. Con diez estudios de caso algunos de ellos desprendidos de premiadas tesis de maestría— esta interesante publicación reúne un conjunto de aportes dedicados al conocimiento de las desviaciones de la ortodoxia católica y de las normas tradicionales de los antiguos cristianos, imperantes en los siglos XVI y XVII.

Las contribuciones fueron ordenadas por los editores en cuatro capítulos: 1. Normas morales de la edad moderna. 2. En las fronteras de lo ortodoxo y lo heterodoxo. 3. El modelo hispano-católico frente al judaísmo y al islam. 4. La periferia americana: beatería e irreligión, que dan como resultado un reflejo al mosaico de ese conjunto social y cultural, donde se tocan temas relativos a las prácticas y principios de la Inquisición que, desde 1478 actuó con campañas destinadas a rechazar o cancelar signos de todo lo que evocara el mundo judío o islámico, en lo cultural como en lo religioso, como demuestran los análisis de Milhou, Al-Alaloui y Woerlé, sino que, promocionaba normas morales encaminadas a fortalecer la práctica de un cristianismo tradicional e hipócritamente santurrón, con nuevos conceptos para entender el pecado y el castigo divino, temas vistos por Milhou-Roudie, Fernández, Legros, Talbot, Vignaux. Todo lo anterior tropieza con resistencias y conflictos ante la llegada de nuevas corrientes de pensamiento como el erasmismo o la reforma protestante, estudiados por Rabaey en el caso del inquisidor Diego López de Cortegana y por Wagner en el pensamiento y actuación de Juan de Valdés.

El elaborado artículo de Milhou es un esfuerzo de compactar varias visiones dirigidas a señalar las «fronteras, puentes y barreras» que la unificación religiosa en España produjo al intentar cancelar los vestigios islámicos y judíos que la sociedad se resistía a olvidar. Los otros escritos se sirven de fuentes documentales primarias, algunas muy concretas. La obra erudita de Juan de Valdés y también la de Diego López de Cortegana los descubre como precursores de una mentalidad reformada que tardó en llegar a España. Los manuales de catecismo dan luz sobre la forma de concebir el pecado como responsabilidad individual después de la institucionalización del sacramento de la confesión. Un excepcional documento, el escrito del siglo XVII de Petronila de San José, religiosa en un convento carmelita de Valladolid y conservado en el mismo, da noticia sobre la vida conventual describiendo la vida de sus compañeras además de presentar sus reflexiones

espirituales. Este testimonio tuvo, sin duda, la desaprobación de sus superiores ya que en la época se aconsejaba «obrar y no pensar» evitando la reflexión espiritual en general, pero mucho más entre las mujeres debido a su natural inclinación al pecado. Las causas de los tribunales de la Inquisición de Barcelona, Valencia y Zaragoza entre 1560 y 1700, sirven al estudio de Fernández para demostrar la represión de la homosexualidad entendida más bien como práctica desviante ajena, traída del extranjero y que constituía un mal ejemplo y un peligro para la estabilidad sexual dentro del matrimonio cristiano que se perseguía establecer como práctica extendida. Documentos militares sirven de base para entender la lejana Melilla, presidio y tierra de musulmanes en camino hacia la cristianización. El mundo colonial es visto desde la perspectiva de la religiosidad y la iglesia; la obra de un cronista ilustra sobre el mundo mágico y el gusto por los milagros desarrollado en esa parte del mundo, y, dos expedientes judiciales sirven de evidencia para conocer la violencia del poder que se ejercía en esa sociedad periférica, también entre las mujeres. Son dos ejemplos de una realidad criolla y mestiza mucho más compleja que la aquí expresada.

La lectura de estos diez trabajos hacen pensar que, respecto al resto de Europa, España es en el siglo XVI, una zona de frontera y de puentes entre la tres culturas monoteístas, con judíos y musulmanes forzados a convertirse por la razón o la fuerza. Sin embargo, la evolución interna de la sociedad y la acción del Estado y de la Iglesia la envuelven en un manto de excesiva devoción y algo de fanatismo que hacen percibir a la religión como un refugio. En conjunto, esta publicación tiene la virtud de ofrecer una visión más elaborada y más rica, aunque fragmentada, de un mundo hispánico en formación.

Clara LÓPEZ BELTRÁN

Universidad Mayor de San Andrés (Bolivia)/CSIC

PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y VALERO, Mercedes, *Historia del Jardín Botánico de la Habana*, Aranjuez (Madrid), Ediciones Doce Calles - Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2000, 252 pp.

En los últimos años la historia de la evolución de la actividad científica en Cuba ha registrado un notable progreso gracias a la labor de dos grupos de historiadores nucleados en dos Instituciones fundamentales, una en la propia Isla y otra en la antigua metrópoli. Nos referimos al Departamento de Historia de la Ciencia que durante años ha radicado en la antigua sede de la Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de la Habana —inserto en una Institución que ha sido indistintamente Museo de Ciencias o Centro de Investigaciones, sin dejar de ser ambas cosas en ningún momento— y al Departamento de Historia de la Ciencia (y en no poca medida el de Historia de América) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, en Madrid.

Con altas y bajas ambas instituciones han mantenido una fructífera colaboración y por encima de todo sus investigadores. El libro sobre el Jardín Botánico de la Habana en el siglo XIX que ahora aparece, es sin duda una de las realizaciones concretas más notables, resultado de la indagación de varios años por parte de los investigadores Puig-

Samper, de España, y la cubana Valero. No hay más que revisar en la bibliografía anterior de ambos autores para encontrar adelantos a la presente obra, en los temas botánicos y de las ciencias naturales en general y en el caso particular de los jardines botánicos madrileño y habanero.

La obra, con prólogo del destacado historiador de la ciencia español José Luis Peset, se divide en cinco capítulos. El primero, bajo el título de «La ciencia de los señores del azúcar», nos adentra en el contexto en que surgió la idea de fundar en la Isla una institución de este tipo, determinada, como nos dicen, por la «aparición en Cuba de un poderoso grupo azucarero criollo a finales del siglo XVIII, verdadera oligarquía en el terreno económico y auténtica élite en los asuntos políticos militares e intelectuales». Se trata de un repaso sintético al momento del despegue de la producción de azúcar en la Isla y sobre todo a sus promotores, quienes concedieron entonces a las ciencias un lugar destacado en el empeño de modernizar la colonia y contribuir por medio de ésta al afianzamiento del gran salto productivo propiciado por la revolución haitiana.

Y entre las ciencias, aquellas con mayor aplicación al fomento azucarero, como eran la botánica y la química. Por otro lado, el interés interno por la actividad científica, como destacan los autores, no podría verse separado de su estímulo y fomento directo o indirecto desde la metrópoli bajo el signo del reformismo ilustrado del XVIII, bien a través del envío de colonias americanas, de expediciones científicas para el reconocimiento y control de los recursos naturales, o bien mediante la creación de instituciones científico académicas al estilo de las existentes en la península, como es el caso de los jardines botánicos.

Para que no quepan dudas de la estrecha relación de las iniciativas surgidas en la metrópoli y la colonia y los intereses a ambos lados del Atlántico que confluyen en el notable desarrollo de la ciencia en la Isla en el tránsito del siglo XVIII al XIX, dedican los autores el segundo capítulo a «Las expediciones científicas españolas a Cuba». En éste se recoge de modo especial la actividad desplegada por la Real Expedición Botánica a Nueva España en suelo cubano, bajo la dirección de Martín de Sessé, y por la Comisión Real de Guantánamo.

Luego de estos dos capítulos introductorios, se pasa a estudiar en los tres restantes el tema específico del Jardín Botánico existente en La Habana durante el siglo XIX. El capítulo III, titulado «El jardín del Campo de Marte», se ocupa de la creación de la institución, sus antecedentes más inmediatos y a la figura de su principal promotor, el intendente Alejandro Ramírez. Asimismo se ofrece un perfil biográfico del primer director y de la estructura, organización y financiación en los primeros años de actividad.

El capítulo IV está dedicado a evaluar la etapa en la que se desempeñó como su director el destacado naturalista español Ramón de la Sagra. Junto a una amplia información de la labor de La Sagra al frente de la Institución, se insertan acápites independientes para analizar las realizaciones más importantes de esta etapa, como fueron la cátedra de Botánica Agrícola, los *Anales de Ciencias, Agricultura, Comercio y Artes* y la Institución Agrónoma de La Habana. Por último se hace referencia a las polémicas que le tuvieron como contendiente de José Antonio Saco y que a la postre se convirtieron en símbolo de las pugnas intelectuales entre peninsulares y criollos. Entre 1824 y 1835, fecha en que dejó Cuba el reconocido naturalista, el Jardín Botánico de La Habana tuvo su época de mayor esplendor, con énfasis en los estudios botánicos aplicados a la agricultura insular bajo el propósito de modernizarla y de atenuar la avasalladora preponderancia de los cultivos comerciales.

El hecho de que nominalmente Ramón de La Sagra continuase por varios años como Director de la Institución es una de las causas manejadas por los autores al analizar la paulatina decadencia del Jardín Botánico de La Habana. No obstante, a pesar de las adversidades de todo tipo, logró mantenerse en actividad hasta las postrimerías de la centuria. A esta larga etapa de más de seis décadas se dedica el capítulo final: «Un naturalista hispano-francés en la dirección del Jardín Botánico de La Habana: Pedro Alejandro Auber (1786- 1843)».

Correspondió a éste la dirección interina hasta su muerte, y tanto por su destacada labor como por la difícil situación que le correspondió enfrentar, entre otras el traslado repentino del jardín, constituye el centro de atención de los autores en este último capítulo. Auber, a diferencia de su predecesor, encaminó la labor hacia los estudios botánicos aplicados a la medicina y la farmacia, a partir de su idea de «hacer una materia médica y una farmacopea cubana, basada en el conocimiento de la botánica», aunque sin descuidar del todo el interés por la vertiente agronómica debido a su importancia para la Isla. Le substituyó al morir, también con la condición de Director sustituto, su hijo Emilio, de quien se destacan además de su actividad al frente del Jardín otros importantes datos biográficos. La vida de la Institución en la segunda mitad del siglo es calificada por los autores de agónica, aquejada tanto por la falta de recursos y la situación política como por los diferentes cambios de dependencias a las que estuvo adscrito: Escuelas Profesionales, Sociedad Económica, Instituto de Segunda Enseñanza, Inspección General de Montes.

Nos encontramos en fin ante una importante obra en el cada vez más sólido camino de la historia de la ciencia en suelo cubano, en la que nos conducen Puig-Samper y Valero a través de la historia de una de las más duraderas de las instituciones científicas del período colonial, el contexto en que hubo de desarrollar su actividad, y en los motivos de sus éxitos y vicisitudes. Leerla ayudará, junto a aportes tan necesarios como dotar a las instituciones que se pueden considerar como sus herederas de un antecedente desdibujado en el tiempo, a explorar las dificultades para la experimentación científica de encontrar eco en una realidad más amplia, como es el caso del histórico tema de la diversificación. En este sentido esperamos que los autores puedan en un futuro, de ser posible, ampliarnos sobre experiencias que surgidas en el Jardín Botánico de La Habana decimonónico se hayan al menos intentado poner en práctica en una escala más amplia. Y como ya es costumbre, el excelente trabajo editorial de Doce Calles y su Colección de Historia Natural *Theatrum Naturae*, dirigida por el propio Miguel Angel Puig-Samper hacen el resto. Una bella edición de la mejor calidad con ilustraciones de ejemplares de la fauna y la flora cubana dibujados en el XIX, vistas de La Habana colonial y planos de su Jardín Botánico de entonces, para una obra que será sin duda referencia obligada para los estudiosos de la historia de la ciencia en Cuba.

Reinaldo FUNES
Museo Carlos J. Finlay,
Academia de Ciencias (La Habana)

ROJAS RABIELA, Teresa, dir. Vol. y MURRA, John V., codir. vol., *Las sociedades originarias*, Vol 1 de la *Historia General de América Latina*, Madrid y Paris, Trotta-UNESCO, 1999 (660 pp., mapas, Ill.)

A diferencia de otros libros, la aparición del primer tomo de una *Historia general de América Latina* genera expectativas que van más allá de sí mismas. Por un lado, proclama la existencia de una nueva síntesis, de la cíclica y necesaria renovación producto de la investigación más reciente o de un nuevo «acuerdo» sobre la forma o carácter de ese pasado. Este nuevo texto puede simplemente recoger la versión ya reconocida por los expertos o tratar de transformar esa visión intentando aplicar una visión deliberadamente polémica. Para historias como la que nos ocupa, la última alternativa es menos habitual y cada nueva publicación tiende a intentar incorporar el camino recorrido por la disciplina o simplemente actualizarse. Por otro lado, los autores, los editores y las instituciones que auspician su realización son otro de los orígenes de las expectativas que estas obras generan en la academia y los posibles lectores nos especialistas.

En el caso de la obra que nos ocupa, son dos los elementos de ella que, en mi opinión, más destacan en una primera aproximación: el patrocinio de la UNESCO, y la procedencia generalmente latinoamericana de los autores. A diferencia de otras obras de referencia clásicas, como la muy semejante en estructura, historia de Latinoamérica de la Universidad de Cambridge, el propósito primordial de la obra, como dice el presidente del Comité Internacional que supervisa la Historia en la introducción general, Germán Carrera Damas, es «contribuir a la renovación de la conciencia histórica del criollo latinoamericano y, por ende, a promover el papel propio y relativo de las demás sociedades con las cuales comparte el territorio americano» (pág. 23).

Se trata, como indica el antiguo presidente de la UNESCO, Federico Mayor Zaragoza, de realizar una aportación histórica acorde con el doble propósito de la organización internacional de promover y «facilitar la comunicación y la comprensión entre las naciones» (pág. 11). Para ello se ha concebido la obra como una historia total, coordinada por un comité científico internacional en el que están representadas una importante proporción de naciones latinoamericanas más Nigeria, EEUU, Reino Unido, Portugal y España; y que ha contado con las aportaciones de una red de 240 especialistas repartidos en una obra de 9 volúmenes (I. *Las sociedades originarias*, II. *El primer contacto y la formación de las nuevas sociedades*, III. *Consolidación del orden colonial*, IV. *Procesos americanos hacia la redefinición social*, V. *La crisis estructural de las sociedades implantadas*, VI. *La construcción de las naciones latinoamericanas*, VII. *Los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*, VIII. *América Latina desde 1930*, y IX. *Teoría y metodología en la Historia de América Latina*).

Un proyecto total que se inició en 1981 y que pretende examinar las variantes regionales y la globalidad de América Latina en el mundo sin perder de vista los papeles jugados por todos los actores de esa historia. Por ello, se insiste en la introducción general de la obra, se pretende centrar el foco del estudio más en las sociedades de ese mosaico que da lugar a la sociedad latinoamericana concebida como un todo diverso. Un propósito ambicioso y, en mi opinión tan loable como políticamente correcto, que parte de una base académica inusitadamente amplia y que se introduce en un universo historiográfico plagado de obstáculos nacionalistas, coloniales y políticos. La introducción general de la obra, realizada por Germán Carrera Damas, es, en sí misma una declaración programática

que identifica los problemas que enfrenta un proyecto multinacional y ofrece una alternativa hasta la ahora perspectiva «criolla» que él manifiesta ha de ser superada, en su opinión, por «una perspectiva histórica del largo periodo americano» (pág. 18), que la identifique frente otras regiones del mundo, y, en segundo lugar, situando «a las sociedades implantadas en una relación de interacción múltiple con los factores y procesos que a lo largo de medio milenio han condicionado su formación» (pág. 18).

Para ello es necesaria una visión que acentúe más las continuidades, la especificidad americana de un trasplante humano más que social en la que lo europeo se formula y transforma en un nuevo entorno, donde las sociedades indígenas son «condicionantes y condicionadas», en el que la población africana, «además de componente del mestizaje global, [es] también la matriz de sociedades afroamericanas» (pág. 19), en el que las distintas olas migratorias ha mantenido y mantiene abierto su constante proceso de transformación. En última instancia, el objetivo de la obra no sólo es académico sino político: «contribuir a actualizar, en las sociedades implantadas latinoamericanas, los criterios nacionales y nacionalistas, en el sentido de hacerlos concordar con el momento histórico que viven esas sociedades» (pág. 21) que permita, además, «actualizar su nacionalismo» sobre unas bases más inclusivas.

Desgraciadamente es imposible realizar una valoración crítica de los propósitos generales de la obra sin contar con los nueve volúmenes. A esta dificultad se añade la propia naturaleza del primer tomo de la misma, el dedicado a las sociedades originarias, que trata, como indica Teresa Rojas Rabiela, directora del volumen, de América antes de América. En su opinión es necesario abordar el mundo previo a la llegada de los castellanos y portugueses para ver las raíces comunes de una historia de historias en la que se restablezca la historicidad de las sociedades aborígenes y, con un carácter mucho más ambicioso, de «lograr una historia precolombina que no sea un mero antecedente o justificación de los episodios 'gloriosos y heroicos' protagonizados por los europeos en tierras americanas después de 1492, sino una historia propia que esté presente en la hazaña de la humanidad» (pág. 26).

Para llevar a cabo dichos propósitos este tomo, que cuenta también con la codirección de John V. Murra, se estructura de un modo que, en mi opinión muestra una aproximación más clásica que la declaración de voluntades de la introducción al primer volumen. La obra se divide por capítulos centrados en las grandes áreas culturales latinoamericanas bajo una perspectiva temporal de larga duración, a los que preceden dos capítulos introductorios, en el primero de ellos, a los rasgos de la naturaleza latinoamericana (a cargo de Olivier Dollfus) y, en el segundo, al poblamiento del o los continentes americanos (Alan L. Bryan). Le siguen dos capítulos en los que se demarcan dos grandes áreas de la región: Mesoamérica (Lorenzo Ochoa, E. Ortíz-Díaz y Gerardo Gutiérrez) y, lo algo sorprendente para los cánones antropológicos clásicos, de Sudamérica (Luis G. Lumbreras).

Con respecto a este primer bloque, que marca el tono general del resto del texto, quiero destacar la capacidad de síntesis de los capítulos, así como la bastante bien elaborada presentación del área y orígenes del mundo que se va a abordar de modo pormenorizado en los siguientes capítulos. De ellos, y también dentro de todo el volumen, destaca el actualizadísimo texto de Allan Bryan sobre el poblamiento originario de América en el que se nos introduce, además, en las particularidades de este ámbito de los estudios prehistóricos y las polémicas existentes al respecto. Sería injusto, en mi opinión medir con el mismo rasero al resto de los capítulos de la obra ya que, a pesar de ser una excelente

revisión y síntesis histórica del mundo latinoamericano precolombino, se queda corta en los objetivos que sus directores se proponen.

Una lectura cuidadosa de todo el volumen nos permite no sólo obtener un panorama de las sociedades originarias bastante actualizado, imposible de conseguir en español sino, además, la tremenda distancia a la que estamos de esa «historia aborígen». Pretender, sin embargo, que una obra general como la reseñada alcance ese objetivo, en mi opinión inalcanzado en casos puntuales y especializados, sería claramente injusto sobre todo cuando lo que se nos ofrece es un intento por aproximarse a ese ideal desde el irregular estado actual de conocimientos de que gozamos en el área. Llama la atención, dentro de este proyecto, la procedencia «políticamente correcta» de los autores de los distintos capítulos de distintas áreas y etapas ya que, en general, área y procedencia nacional del experto tienden a coincidir de un modo sistemático.

Por otro lado, y como es habitual en todas las obras generales de esta índole, las áreas injustamente llamadas marginales con respecto a las «civilizaciones» mesoamericanas y andinas carecen, en mi opinión, de un tratamiento suficientemente extenso. Ahora bien hay que aclarar una vez más que dicha peculiaridad no es más que el reflejo del estado de nuestros conocimientos sobre todo el territorio y que los propios editores destacan.

Con respecto al libro propiamente dicho hay que destacar el esfuerzo de la joven (y galardonada con el Premio Nacional) editorial Trotta por realizar una edición de calidad con un precio relativamente ajustado. La inclusión de unos índices toponímico y onomástico junto con una bibliografía general es loable; sin embargo, para una obra de estas características hay que señalar algunos problemas que parecen producto de cierta precipitación: la bibliografía no recoge autores y obras mencionados en el texto: algunas de las fotografías no tienen la calidad deseable y se hace uso de una terminología altamente especializada que hubiera merecido un glosario con definiciones básicas para el lector culto no especializado y los estudiantes de la materia.

La aparición del primer volumen de la *Historia General de América Latina* es, tras los fastos (y nefastos) de las conmemoraciones del Quinto Centenario, un acontecimiento digno de celebración por su calidad, por su voluntad de actualización y por la manifestación de una nueva voz latinoamericana más inclusiva (tanto si, al final del recorrido se consigue ese objetivo como si se queda corto en sus aspiraciones). Con todo, es deseable que se convierta en un lugar de referencia habitual en cualquier bibliografía básica.

Fernando MONGE
Instituto de Historia, CSIC

SOTO ARANGO, Diana, PUIG-SAMPER, Miguel Ángel y GONZÁLEZ-RIPOLL, M.^a Dolores (Eds.), *Científicos Criollos e Ilustración*, Aranjuez (Madrid), Ediciones Doce Calle-Colciencias-Rudecolombia, 1999, 271 pp.

Desde tiempo atrás, la reflexión relativa a la Ilustración española e hispanoamericana ha sido uno de los temas predilectos de la historiografía. Más aún, esta misma temática ha dado lugar a debates y, a veces, a discusiones encarnecidas, unos y otros relativos a la relación

existente entre ambas ilustraciones así como a la interpretación que se podía proponer de ellas. Cabría preguntarnos si fue, en todo o en parte, la Ilustración americana una simple excrescencia de un fenómeno nacido en España y exportado desde allí a las colonias, qué conexión —o conexiones— pueden establecerse entre Ilustración e Independencia, qué relaciones mantuvo la Ilustración americana con el resto de Europa, o si, en este intercambio, entre el Viejo y el Nuevo Continente, América fue sólo un receptor. Éstos, y muchos otros, fueron algunos de los interrogantes que alimentaron dichos debates a lo largo de los años.

Sin embargo, a pesar de una bibliografía ya abundante, la nueva publicación ofrecida bajo la coordinación de Diana Soto Arango, Miguel Ángel Puig-Samper y M. Dolores González-Ripoll propone un planteamiento original que intenta —y en gran parte consigue— salirse de los caminos andados por sus antecesores. Como lo expresa muy claramente el título, se trata en esta obra colectiva de llevar a cabo una reflexión centrada en los propios protagonistas de lo que fue la Ilustración en América. Por otra parte, este enfoque centrado en los actores de la Ilustración americana pretende también insistir en la dimensión americana, más concretamente criolla, del fenómeno. La compilación propone por lo tanto un «retrato de familia» de aquellos hombres —no se encuentra entre el grupo constituido para la ocasión una sola mujer que haya merecido la atención, aspecto que no deja de suscitar la reflexión y hubiera merecido sin duda algún comentario cuando no justificación o explicación— que como científicos de diversas disciplinas, algunos de ellos teóricos, otros más bien preocupados por aspectos más prácticos, ocuparon un lugar de primer plano en la escena intelectual americana de la segunda mitad del siglo XVIII. Sin tener la más mínima pretensión de alcanzar cualquier exhaustividad —lo cual no tendría sentido en una reflexión como la desarrollada aquí— la obra propone una selección bastante representativa de lo que fue la Ilustración americana mediante la presencia de tres novohispanos, tres neogranadinos, dos pertenecientes al virreinato de La Plata, dos al del Perú y tres brasileños.

Más allá de esta, ya de por sí, muy interesante paleta, los coordinadores enfocan su atención hacia una perspectiva poco habitual ya que generalmente se insistió en el intercambio orientado desde Europa hacia América. A la inversa, varias de las contribuciones centran su atención sobre americanos que precisamente desarrollaron gran parte de sus actividades profesionales no tanto en su tierra sino en la propia metrópoli, contribuyendo así al desarrollo de la Ilustración en España. Los casos de Dávila, Mociño, La Llave o Zea sirven por lo tanto de acertado ejemplo de aquellos intercambios científicos, y más ampliamente culturales, que no se realizaron en una dirección exclusiva, como mucho tiempo lo consideró la historiografía, ya que el movimiento fue más bien un continuo ir y venir entre Europa y América.

La obra propone una reflexión enfocada desde una triple problemática. Por una parte, no olvida retomar la clásica pero necesaria difusión de los nuevos paradigmas científicos europeos hacia las colonias mediante la proyección de la nueva cultura ilustrada con el caso de americanos formados en prestigiosas instituciones de la Península. Tal es el caso del interesante análisis de la formación científica de J. M. Lanza, realizada por Manuel Lucena Giraldo. Sin embargo, este tradicional aspecto es minorado aquí para dejar mucho más espacio a una segunda problemática relativa al desarrollo de una Ilustración más propiamente criolla mediante, entre otros casos, el del llamado periodismo científico americano. Varias contribuciones abordan el análisis del tema desde esta óptica. Tal es el caso, por ejemplo, de F. Campo del Pozo quién sugiere una reflexión sobre la moderniza-

ción de los planes de estudios en Bogotá expuesta por fray Diego Francisco Padilla a finales del siglo XVIII. Lo mismo ofrece María Cristina Vera de Flachs al analizar el proyecto de Gregorio de Funes para renovar el plan de estudios de la Universidad de Córdoba en el virreinato de la Plata o D. Soto Arango con el caso de Francisco Antonio Zea. La contribución de M. A. Puig-Samper y M. D. González-Ripoll también aborda este mismo aspecto aunque lo haga sin centrarse en un individuo concreto sino en un espacio de difusión de la ciencia ilustrada como lo fue *El Papel Periódico* de La Habana. Lo interesante de este último planteamiento es que permite establecer la estrecha correlación entre la difusión de los aportes científicos de la Ilustración y la demanda local. En este sentido, el periódico escogido, que fue el órgano de expresión del importante grupo azucarero en la isla, viene a ser un excelente lugar de observación de dicho fenómeno.

Sin embargo, y es quizás aquí la principal originalidad de la obra, muchas de las otras contribuciones desarrollan una tercera problemática al invitarnos a reflexionar sobre la actividad desarrollada por estos ilustrados americanos en la propia metrópoli. Entre las diversas contribuciones de gran interés, merecen ser destacadas la aportación de J. L. Maldonado Polo y Graciela Zamudio sobre el conocido naturalista novohispano José Mariano Mociño quien, entre otras muchas actividades, acabó por tomar la responsabilidad del Gabinete de Historia Natural de Madrid antes de conocer un fin algo dramático. Después de una vida dedicada a la ciencia, la irrupción de la política dentro de sus actividades profesionales significó para él un trastorno de gran magnitud. Sospechoso de afrancesamiento en un período traumático tras la invasión napoleónica, tuvo que exiliarse en 1813. Se refugió en Francia donde estuvo unos cuatro años. Si alcanzó regresar a la Península en 1817, no consiguió obtener el modesto cargo al que pretendía, o sea el de médico rural. La muerte lo alcanzó pocos meses después de su llegada a Barcelona, cuando atravesaba una situación personal algo crítica.

Varias de las contribuciones aquí reunidas ilustran que la desventura de José Mariano Mociño no fue de ninguna manera una excepción. No fueron raros los ilustrados americanos que, voluntariamente o no, se encontraron envueltos en las tormentas políticas surgidas del movimiento hacia las independencias de las colonias americanas. El ejemplo de Mariano Eduardo de Rivero y Ustariz, estudiado por M. Alaperrine-Bouyer, no deja en este sentido de ser particularmente significativo e interesante. Lo mismo se podría decir de José Ignacio de Pombo, quien vino a ser uno de los líderes del movimiento independentista en la Nueva Granada, siendo el portavoz de los intereses de los comerciantes cartageneros. Desde un enfoque renovado estos estudios retoman el viejo tema de la relación entre Ilustración e Independencia.

Otro aspecto interesante planteado en algunas de las contribuciones es la cuestión de la integración de estos científicos americanos, que siempre habían concebido los intercambios con Europa en general y la metrópoli en particular como una necesidad, dentro de la intelectualidad surgida de las independencias. A esta temática de gran interés, que permite escaparse de la tradicional ruptura impuesta en la historiografía del período colonial al considerar la independencia como un punto final insuperable, se dedica la contribución de Celina Lértora Mendoza al tomar el caso de Manuel Moreno, estudiando sus relaciones con lo que denomina la autora la naciente ciencia argentina.

Esta obra colectiva, muy diversa en sus planteamientos pero que mantiene una gran unidad y coherencia en su problemática, ofrece por lo tanto un acercamiento original a una temática que sigue siendo un eje de investigación particularmente activo dentro de la

historiografía americanista. Probablemente el período de conmemoración de la gesta humboldtiana -en la que entramos el año pasado al cumplirse el bicentenario de su viaje a América- contribuirá en los meses venideros a alimentar la reflexión sobre un tema fundamental para la comprensión de la historia de América.

Michel BERTRAND
Université de Toulouse-Le Mirail

THORP, Rosemary, *Progress, Poverty and Exclusion. An Economic History of Latin America in the 20th Century*, Nueva York, Interamerican Development Bank, XIV+369 páginas, cuadros, gráficos, mapas, ilustraciones, fotografías y textos seleccionados, índice de materias, bibliografía y apéndice de contribuciones y trabajos de consultoría; Prólogo de Enrique V. Iglesias y Manuel Martí González (pp XI-XII), y Apéndice Estadístico de Pablo Astorga y Valpy FitzGerald (pp 307-365).

En 1984 se publicó *Latin America in the 1930s: the Role of Periphery in World Crisis* (editado por R. Thorp, Basingtoke, Macmillan & St. Antony's College, y traducido al español en 1988 por el Fondo de Cultura Económica en México, con el título *América Latina en los años treinta. El rol de la periferia en la crisis mundial*), libro emblemático de lo que, desde mi punto de vista, significó la mayor revolución de la historiografía económica sobre América Latina en las últimas décadas. Las conclusiones de sus distintos artículos mostraban los errores y carencias de los análisis cepalinos y dependentistas sobre la evolución de las economías regionales, excesivamente enfocados desde el lado de la demanda, y señalaban la necesidad de realizar más estudios sobre casos nacionales y desde el lado de la oferta. Además, la obra supuso también la consolidación de un grupo de trabajo que desde entonces ha seguido cooperando y ofreciendo resultados muy interesantes, compuesto fundamentalmente por latinoamericanos de distintas nacionalidades y británicos: C. Díaz Alejandro, E. Cárdenas, G. Palma, J.A. Ocampo, R. Cortés Conde, V. Bulmer-Thomas, V. FitzGerald o la propia R. Thorp, entre otros.

Progress, Poverty and Exclusion. An Economic History of Latin America in the 20th Century es parte y síntesis a la vez de la labor del referido grupo de investigadores. Igualmente, se ha publicado en inglés y en castellano y forma parte de un proyecto más ambicioso, pues en breve estará acompañado por la aparición de dos volúmenes en coautoría, *The Export Age: The Latin American Economies in the Late Nineteenth and Early Twentieth Centuries* e *Industrialisation and State in Latin America: The Black Legend of the Post War Years* (editados ambos por E. Cárdenas, J.A. Ocampo y R. Thorp en Londres, Macmillan & St. Antony's College, y México, Fondo de Cultura Económica), así como por la reedición del citado *Latin America in the 1930s: the Role of Periphery in World Crisis*. Los tres primeros libros son el resultado de un encuentro sobre el tema que se realizó hace algunos años en Guatemala.

Toda investigación, aunque esté firmada por una única persona, es de un modo u otro la suma de esfuerzos colectivos, la que ahora nos ocupa más aún. Además del apéndice estadístico, confeccionado por P. Astorga y V. FitzGerald, y cuyo contenido es suficiente

para ilustrar el estudio, R. Thorp utiliza varios trabajos de consultoría, formales e informales, para la elaboración de los distintos capítulos. Este modo de proceder le permite ganar en rigurosidad y consistencia y eludir en parte los errores en que se suele incurrir cuando se aborda un estudio de tanta envergadura y en el que es preciso incluir análisis y reflexiones acerca de temas que un autor individual conoce poco. Tales trabajos, que se acreditan explícitamente en el texto, versan sobre determinados aspectos de índole general, o sobre los países examinados en el libro. Así, Ó. Altimir, A. Crawley, S. Hunt, C. Kay, A.K. Knight, S. Gunder, R. Ffrench-Davies, S. Griffith-Jones y A. Maddison ayudaron a R. Thorp, respectivamente, con los problemas referentes a la distribución del ingreso, las relaciones entre Unión Europea y América Latina, el Estado del Bienestar, la reforma agraria, la historia rural, la ecología, la integración económica, la globalización, y el crecimiento a largo plazo. R. Cerdas, H. Finch, N. Girvan, J. Dunkerley, M. Szekeley, J. Maiguashca y B. Pollit, por su parte, aportaron sus conocimientos sobre Costa Rica, Uruguay, el Caribe, Bolivia, México, Ecuador y Cuba. Finalmente, D. Treece, C. Romano, S. Wunder, J. Sábato, V. Stolcke, E. Jelin, C.D. Deere y M. Deas colaboraron también en otros aspectos del estudio.

El resultado de un libro concebido y estructurado de forma tan original es, en nuestra opinión, un excelente ensayo interpretativo sobre la historia económica reciente de América Latina, y sobre la similitudes y diferencias entre los distintos países de la región. Como tesis central, la autora señala que estos últimos experimentaron en el siglo XX dos procesos de crecimiento y construcción institucional. El primero databa de mediados de la centuria anterior y se prolongó —dice textualmente—, hasta los «desórdenes» ocasionados por las dos guerra mundiales y la depresión de 1930. El segundo comenzó en esos años y siguió hasta las crisis del petróleo y la deuda externa (1973-1982). A pesar de sus diferencias —dice además—, ambas fases se caracterizaron por haberse perpetuado en sus momentos finales gracias al financiamiento externo, lo que acabó agravando los problemas económicos con crisis de deuda como la mencionada. Ambas, por otro lado, compatibilizaron crecimiento e inequidad, hasta tal extremo que se puede afirmar que dicha inequidad es el inconveniente más grave que afronta hoy Latinoamérica, junto con el deterioro del medio ambiente producido por la explotación indiscriminada de los recursos e inherente también a su proceso histórico de desarrollo.

El tratamiento del problema de la inequidad como algo funcional a los sistemas económicos de los países de América Latina, independientemente de los cambios que experimentaron los mismos a lo largo del siglo XX, es la aportación más interesante y original del análisis de R. Thorp. Las principales diferencias entre esos países —señala—, se dieron fundamentalmente en las respuestas a las grandes crisis de la centuria, particularmente a la que cerró el segundo de los referidos períodos de crecimiento en la década de 1980, e indagar en el por qué es crucial para entender lo que sucedió después.

En el período que terminó con la depresión de 1930, caracterizado por un crecimiento conducido por las exportaciones, la combinación del tipo de condiciones preexistentes y de la clase de producto comercializable es la ecuación que parece explicar mejor las diferencias entre las distintas nacionales de América Latina. En general, el café fue el artículo que permitió una mayor diversificación de la economía, y la presencia de población indígena el factor más determinante para un alto grado de inequidad y conflictividad. Al analizar las competencias políticas y el desarrollo institucional, R. Thorp demuestra, además, que la expansión guiada por el sector externo no dependió tanto como se pensa-

ba de la afluencia de capital extranjero, que los países que alcanzaron niveles más altos de consolidación institucional e igualdad social fueron aquéllos en los cuales las elites tuvieron que aprender a tratar entre ellas, y que el desarrollo anterior a los años treinta no es un buen predictor de la rapidez y consistencia de la recuperación posterior a la crisis.

En el período de crecimiento que se inauguró tras la depresión de 1930, en general, se produjo un reforzamiento de las clases medias y del movimiento obrero, incluso surgieron movimientos de defensa de la población menos integrada, particularmente indígena, pero la oligarquía permaneció normalmente en el poder. Se redefinió el papel del Estado en la economía, pero no enfrentó dicho poder oligárquico ni reformó su función fiscal para mejorar la equidad en la distribución de los ingresos, con lo que se mantuvo, incluso se reforzó la desigualdad *sistémica* heredada de la etapa anterior.

La última parte del trabajo está dedicada a examinar los cambios experimentados por las economías latinoamericanas desde la década de 1980 y, aunque se apuntan algunas luces que podrían mejorar en el futuro los grandes problemas de la región, su principal conclusión, no obstante es pronto todavía para sostenerla con firmeza, es que las necesidades de reducción del gasto público a que obligó la gran crisis financiera de esa década han empeorado incluso más los problemas de equidad social.

En el desarrollo de su tesis central sobre el crecimiento económico con un alto grado de inequidad, el libro de R. Thorp analiza los grandes procesos históricos de la región y se detiene en las particularidades de cada país y en cada período. En este sentido la obra tiene una cualidad que no es común en trabajos de ese mismo tipo: no se limita a las grandes naciones de la región. Haber contado con la colaboración de investigadores especializados en el área del Caribe, Centroamérica, Ecuador o Bolivia, por ejemplo, ha sido esencial para eludir ese defecto.

Aparte de lo anterior, se puede decir también que el libro de R. Thorp es heredero de dos grandes corrientes de investigación actual. Una procede de la economía; la otra de la sociología, la antropología y la historia social. De la primera toma el problema del crecimiento con equidad, redefinido por la autocrítica estructuralista y cepalina tras la crisis de la década de 1980 con una perspectiva menos ideológica que la que había tenido tradicionalmente, más orientada a la búsqueda de soluciones de desarrollo autosostenible y preocupada por los efectos del deterioro medioambiental y las posibles soluciones para el mismo. De esta corriente es directamente heredero *Progress, Poverty and Exclusion. An Economic History of Latin America in the 20th Century*. Con la otra entronca solamente de soslayo. A pesar de contar entre sus consultores con V. Stolke, una de las pioneras en los estudios históricos sobre la naturaleza y las razones de la desigualdad social en América Latina, la formación económica de la autora y de muchos de sus otros consultores explica que el libro no conozca la mayor parte de los trabajos existentes acerca de ese tema, que ha sido abordado principalmente en relación con el racismo y otras formas de xenofobia y con la construcción de las identidades nacionales latinoamericanas.

El desconocimiento de los trabajos de otras disciplinas es entendible, incluso disculpable. Es más, incluso resulta positivo reseñar que investigadores con diferentes enfoques y preocupaciones estén llegando actualmente a planteamientos similares acerca de los principales problemas que padecen actualmente los países de América Latina y busquen una explicación histórica de los mismos para mejorar las posibilidades de resolverlos. El principal defecto que en nuestra opinión tiene el libro de R. Thorp es la omisión, por ignorancia o desestimación, de algunos trabajos, la mayoría clásicos, que desde el lado de la economía o

la historia socio-económica se han planteado cuestiones similares a las que preocupan a la autora y han ofrecido explicaciones a algunas de las cuestiones que ella plantea.

Llama la atención, por poner algunos ejemplos, pues en tan poco espacio es imposible entrar en más detalles, el desconocimiento de las conclusiones de algunas investigaciones clásicas, muchas de las cuales, incluso, no aparecen citadas en la bibliografía. Entre ellas podemos citar, «verbigracia», la obra de A. Touraine, *América Latina, política y sociedad* (Madrid, Espasa-Calpe, 1989), en la que se ofrece como explicación al problema de la exclusión social en muchos países de América Latina el hecho de que las circunstancias históricas obligaron a una distribución relativamente grande y rápida del ingreso entre los sectores sociales que protagonizaron los conflictos de las décadas de 1920 y 1930; distribución que fue en detrimento de la acumulación de capital y la inversión y que generó un progresivo problema de marginalidad entre aquéllos otros sectores que no entraron en dicho reparto. Más ejemplos en este mismo sentido son los estudios de C. Marichal, *Historia de la deuda externa en América Latina* (Madrid, Alianza, 1988), que examina el tema con un mal endémico de las economías de la región; de D. Díaz Fuentes, *Crisis y cambios estructurales en América Latina: Argentina, Brasil y México en el período de Entreguerras* (México, Fondo de Cultura Económica, 1994), que indaga en las políticas monetarias y fiscales tras la depresión de 1930; de E. Torres Rivas, *Centroamérica, la democracia posible* (San José de Costra Rica, FLACSO, 1988), el cual sostiene que la preservación del poder de las oligarquías tras la referida depresión en las Repúblicas del Istmo se debió a la ausencia de otras alternativas viables, o, finalmente, de la compilación de M. Cerutti y M. Vellinga (comps.), *Burguesías e industria en América Latina y Europa meridional* (Madrid, Alianza, 1988), donde distintos autores investigan la formación de las elites y redes empresariales de varias naciones. Si se contrastan las referidas conclusiones de todos estos estudios, como digo, tomados a manera de ejemplo, y las tesis planteadas por el libro de Thorp y expuestas anteriormente, es fácil concluir que su conocimiento por parte de esta última habría mejorado lo que de por sí es una estupenda interpretación de la historia económica latinoamericana.

Antonio SANTAMARÍA GARCÍA
Instituto de Historia, CSIC